

SEGUNDA PARTE

# La casa de Teofilato

MAROZIA

Senadora de Roma (926-932)

OCTAVIANO

Papa Juan XII (955-963)

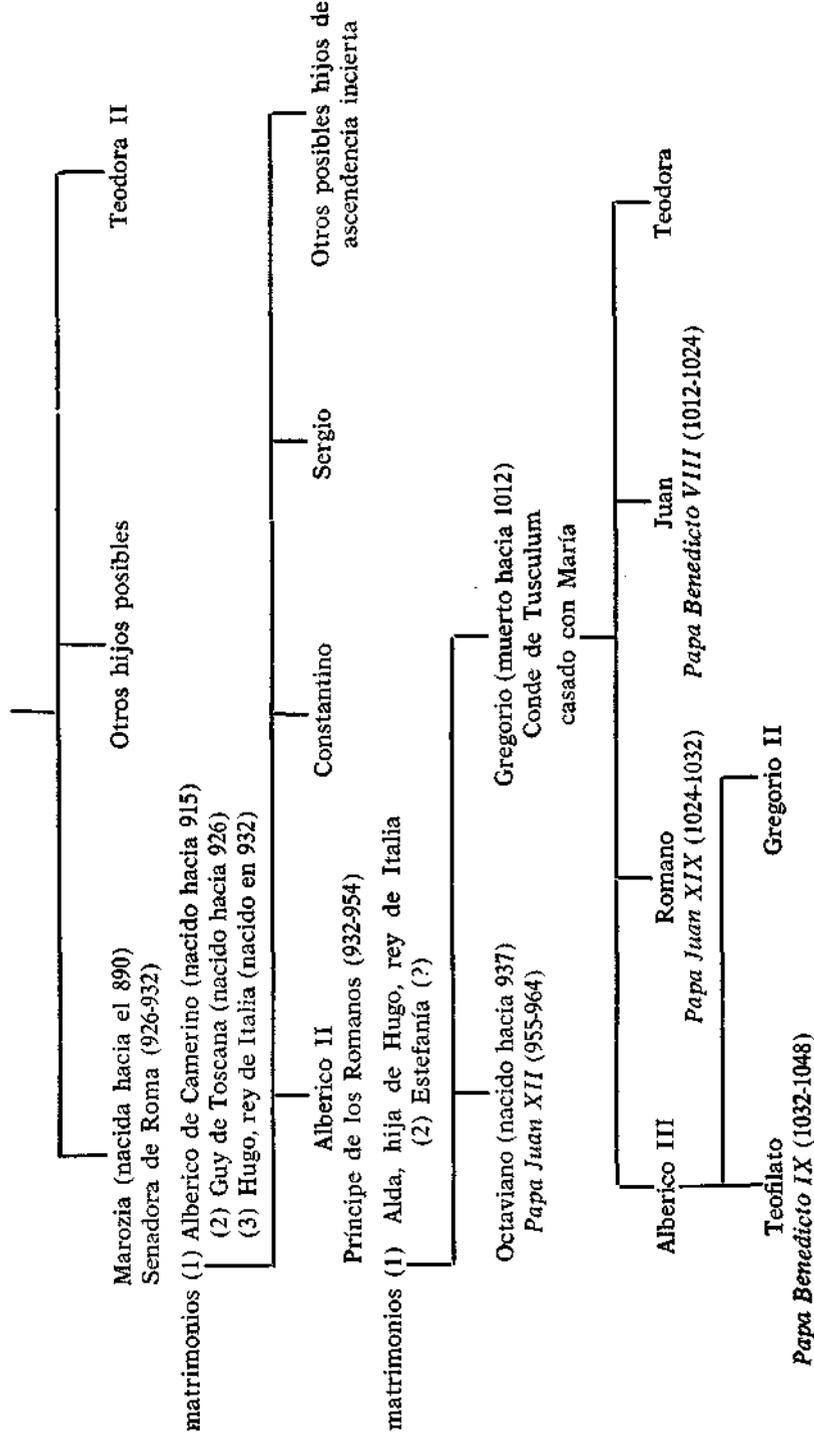
TEOFILATO

Papa Benedicto IX (1032-1046)

## LA CASA DE LOS TEOFILATO

Genealogía aproximada de la rama de Tusculum

Teofilato (muerto en 924?)  
casado con Teodora I (muerta en 924?)



## Auge de los Teofilato

Unos seiscientos años después de que el Papado se hubiese asegurado la corona temporal, un genio anónimo de la propaganda lanzó a la historia la bizarra y persistente leyenda de la mujer que trepó al trono papal y reinó bajo el nombre de Juan.

La leyenda de la papisa Juana aparece en forma literaria durante el siglo XIII, cuando las pretensiones temporales del Papado estaban en todo su apogeo. Producto de la propaganda antipapal, la naturaleza escabrosa de la leyenda le garantizaba el favor popular y su entrada en el folklore. Se repitió una y otra vez bajo diversas formas, y alcanzó su versión más refinada a manos de los eruditos cultivadores de la pornografía renacentista.

Según la versión más extendida, Juana fue otra Eloísa, una muchacha anglo-sajona de gran belleza y cultura, que comenzó su carrera en un monasterio disfrazada de monje, luego fue a Roma y la eligieron papa. Traicionó su secreto cuando dio a luz un niño en el curso de una procesión, y murió poco después a causa de la vergüenza y los remordimientos.

El relato está hecho con una minuciosidad que hubiera merecido la aprobación literaria del autor de la *Donación de Constantino*. Se precisa la duración del pontificado de Juana en dos años, un mes y cuatro días, es decir, aproximadamente, desde el 855 al 858. Una antigua escultura de una madre con su hijo que se alzaba desde siempre en la ruta procesional fue transformada en la estatua de la descarriada Juana y su inocente denunciante. El hecho de que las procesiones papales no pasaran ya por esa calle se interpretó como la condenatoria evidencia de la culpa y la vergüenza papal, aunque otras calles eran eliminadas de cuando en cuando del recorrido sin que se imputara a esta medida ninguna mo-

tivación siniestra. Hasta el hecho de que un papa recién coronado se sentara en una especie de retrete de mármol —teóricamente para que lo examinaran físicamente— se adujo como confirmación infalible de la historia. Católicos y protestantes la creyeron después de la Reforma; y en fecha tan tardía como 1600, se aceptó sin discusión un busto de *Johannes VIH, femina ex Anglia* en la hilera de bustos papales que resplandece sobre las cabezas de los fieles en la catedral de Siena.

Edward Gibbon, que a veces aparece como el campeón —aunque un campeón singularmente reticente— del Papado, atacó la historia ante el público de habla inglesa. Al analizar las luchas entre facciones de la Roma del siglo x, da la explicación más probable del origen del mito.

La influencia de dos hermanas prostitutas, Marozia y Teodora, se basaba en su fortuna y su belleza, en sus intrigas amorosas y políticas. Su amante más ardiente fue recompensado con la mitra romana, y su reinado puede haber sugerido a los tiempos más oscuros la fábula de un papa femenino. El hijo bastardo, el nieto y el biznieto de Marozia —una extraña genealogía— se sentaron en la Silla de Pedro.<sup>1</sup>

Gibbon comete dos errores en este pasaje: uno es cuestión de hechos, y el otro de caridad. Hubo dos Teodoras, y la que Gibbon tenía en la mente no era la hermana de Marozia, sino su madre; y, desde luego, no fueron prostitutas en el sentido más corriente del término, pues eran nada menos que la hija y la esposa, respectivamente, de Teofilato, senador de Roma y cabeza cívica de la ciudad. Marozia obtuvo para sí el título de senadora: indiscutida señora de Roma que rigió la ciudad entre los años 926 y 932, proporcionando así un modelo para la mucho menos clara «papisa Juana».

La familia de Marozia procedía de Tusculum, ciudad etrusca situada en una elevación cercana a Roma. La bella y pequeña ciudad había vivido durante siglos en una especie de simbiosis con su gran vecina. Sus ambiciosos habitantes recorrían los 24 kilómetros que les separaban de Roma, se hacían allí con un nombre y una fortuna, y volvían a su ciudad natal para enriquecerla..., si es que habían logrado sobrevivir en la jungla romana.

Hacia el año 890, Teofilato, el padre de Marozia, salió de Tus-

culum para emprender el mismo viaje que habían hecho tantos antepasados suyos, y se estableció en Roma. Teofilato, cabeza visible de la familia, es una figura pálida y desdibujada, cuya identidad y cargo han sobrevivido gracias únicamente a unos pocos registros legales. Tenía los sonoros títulos de duque y senador, y era uno de los jueces nombrados por el emperador. Pero el poder real y la futura notoriedad de su casa no se debían tanto a su autoridad judicial como a los más vigorosos, y más dudosos también, elementos aportados por su esposa y su hija. Así, al menos, lo dan a entender los cronistas más rencorosamente parciales; pero el hombre hubo de tener siquiera el valor y la habilidad suficientes para sobrevivir y controlar, en parte, la peligrosa situación que se encontró en Roma.

Durante las violentas luchas que siguieron al *Sínodo horrendo*, Teofilato se había apuntado el doble éxito de apoyar al partido de Sergio, incluso cuando éste se encontraba en el exilio, y sobrevivir lo bastante para darle la bienvenida a su regreso. Los cronistas no se molestan en investigar cómo y por qué un hombre de tan evidente competencia perdió terreno ante su esposa y su hija. Al parecer, con constatar el hecho era suficiente, pues la «monarquía de Teodora» fue una realidad indiscutible: desde el año 900 en adelante, es su nombre, y no el de su marido, el que predomina en los escasos anales de la ciudad.

Las mujeres Teofilato emergen súbitamente, en tres dimensiones, saliendo del oscuro trasfondo bañadas en la misma luz fantástica que brilla sobre Sergio. Pero, al contrario que éste, tienen su cronista propio, un cronista absolutamente hostil que, a cambio de la inmortalidad que les otorgaba, destruyó todo el buen nombre que quizá tuvieron. Ese cronista fue Liutprando, obispo de Cremona, lombardo de nacimiento, y, por tanto, enemigo acérrimo de todo lo que significaban Roma y los romanos. Marozia y su madre son introducidas en su historia en un pasaje lleno de veneno que dejó establecida su reputación para los siglos venideros. El cardenal Baronio, bregando en el siglo xvi con la tarea de escribir la primera historia de los papas, no tuvo más remedio que aceptar la versión de Liutprando y acuñar el vivido término de «pornocracia» para ese período en que el Papado estuvo dominado por dos mujeres.

«Cierta ramera sin vergüenza llamada Teodora fue durante algún tiempo el único monarca de Roma, y —vergüenza da escribirlo— ejerció su poder como un hombre. Tuvo dos hijas, Marozia y Teodora, que no sólo la igualaron, sino que la sobrepasaron en las

1. Gibbon, cap. XLIX.

prácticas que ama Venus.»<sup>2</sup> Liutprando, como Gibbon después, calumnia a Teodora hija, una joven mujer que, al parecer, se pasó la vida haciendo buenas obras. Pero otras fuentes, a pesar de sus limitaciones, dan buenas razones para el ataque de Liutprando a la madre y la hermana. *El Libro de los Papas*, en una anotación neutral aunque sólo sea por su brevedad, registra una sólida pieza de información sobre los primeros años de Marozia. Apenas salida de la pubertad, tuvo un hijo del papa Sergio, un muchacho que con el tiempo subiría al trono papal.

Liutprando probablemente no se molestó en analizar los resortes del poder de Teodora, porque, a su juicio, eran evidentes por sí mismos. El auténtico dueño de Roma era el papa Sergio, y Teodora debía su influencia al hecho de que su hija Marozia era la amante de Sergio. Aunque sólo fuera por instinto de conservación, Sergio se sentía impulsado a mantener la alianza con una familia que había contribuido a su triunfo. Pero las alianzas en Roma eran estructuras muy frágiles, susceptibles de romperse o invertirse al menor viraje en los intereses de las partes. Mucho más resistente debió ser el lazo vivo entre Sergio y los Teofilato, encarnado en el joven cuerpo de Marozia, entonces en el primer florecer de aquella belleza que llegaría a ser su arma más temible.

En cualquier caso, el hecho es que Teodora explotó su posición, y cuando el papa Sergio murió en el 911, había pasado del control indirecto al directo. Roma quizás esperó, razonablemente, que otro asesinato preludiara la próxima elección. Pero, en lugar de eso, ascendieron al trono dos candidatas de Teodora con un mínimo de lucha, reinaron durante poco más de un año cada una, y luego descendieron tranquilamente a sus tumbas. Sólo entonces se decidió a realizar el acto más audaz y cínico de toda su carrera: el traslado de un amante desde el obispado de Rávena al obispado de Roma.

Aquel plan constituía un desafío total a la misma ley canónica que había servido de pretexto para el «juicio» de Formoso. Al ponerlo en práctica, Teodora demostró hasta qué punto controlaba Roma y el Papado. Una vez más, Liutprando de Cremona es el principal —a veces, el único— testigo de los acontecimientos que condujeron a la consolidación del dominio de los Teofilato sobre la Tiara. Su relato es incoherente, está sazonado con su habitual lascivia y repleto de errores detectables, pero es el único que narra una historia inteligible y llena el vacío dejado por otros cronistas.

Según él, Teodora se enamoró de un tal Juan, clérigo joven y

2. Liutprando, *Antapodosis*, cap. XLVIII.

ambicioso de Rávena, que acudía frecuentemente a Roma por asuntos oficiales. Protegido por Teodora, el joven hizo una espléndida carrera que culminó con su nombramiento de obispo, cargo que acabó con sus frecuentes visitas a Roma. «De ahí que Teodora, como una meretriz temerosa de tener pocas oportunidades de acostarse con su amante, le obligara a abandonar su obispado para tomar —¡Oh, crimen monstruoso!— el Papado de Roma.»<sup>3</sup> El obispo Juan de Rávena se convirtió en el papa Juan X el año 914.

Poco después, Teodora le proporcionó a Marozia su primer marido. La muchacha no había cumplido aún veinte años, y la muerte de Sergio la había lanzado de nuevo al mercado, así que fue utilizada para ligar otro hombre poderoso a la casa de Teofilato. Él era también un recién llegado a Roma, un soldado de fortuna llamado Alberico. A pesar de su nombre germánico, llegó a Roma con un título italiano: marqués de Camerino. El título lo había conseguido indudablemente por el socorrido medio de la violencia, lo cual indicaba, al menos, su eficiencia como soldado, pues los títulos significaban tierras, y en aquellos tiempos sólo se podían conseguir con la espada.

Alberico fue seguramente a Roma invitado por Teofilato. Un soldado profesional al mando de una banda de veteranos podía inclinar la balanza en la lucha faccional, y Alberico se hizo rápidamente el indispensable ante su anfitrión. Como recompensa, recibió la mano de Marozia y se trasladó a las habitaciones domésticas del palacio que tenía la familia en la colina Aventina. Allí nació a su debido tiempo el segundo hijo de Marozia, que fue bautizado con el nombre de su padre: Alberico.

Los tres hombres que el azar reunió en un momento crítico de la historia de Roma eran muy competentes, cada cual en su terreno. A pesar de su dudosa entrada en Roma como protegido de Teodora, el papa Juan demostró ser un estadista de primera fila; se convirtió, además, en un fiel aliado y amigo de los Teofilato, picante situación que Roma debió saborear a placer. El propio Teofilato, aunque oscurecido por la sombra de su esposa, continuó jugando un papel importante en el gobierno de la ciudad; después de todo, seguía siendo uno de los jueces nombrados por el emperador. En cuanto a Alberico, el soldado, ya había demostrado su competencia escalando sin ayuda de nadie los niveles más altos del poder romano.

Los campos de actuación de los tres hombres se imbricaban, pero

3. *Ibíd.*

consiguieron establecer una especie de triunvirato en el que cada cual suplementaba las deficiencias de los otros, pero se abstenía de intervenir en sus esferas legítimas. El experimento, surgido casualmente, tuvo una corta vida, como todos los de su clase, pero funcionó con efectividad mientras duró. La Roma de aquel tiempo tenía una desesperada necesidad de hombres de ese calibre, ya que una nueva oleada de sarracenos amenazaba su existencia misma.

La ciudad había gastado sus energías durante casi un siglo en luchas intestinas, ignorando las cambiantes condiciones del mundo exterior. No sólo había abdicado de su responsabilidad mundial, sino que ahora era incapaz hasta de defender los estrechos confines de sus territorios patrios. Los despreciados lombardos aguantaban en el Norte de Italia las reiteradas embestidas de los hunos invasores, pero en el Sur no existía ninguna barrera parecida contra los sarracenos. Éstos avanzaban firmemente hacia el Norte, y en el año 924 estaban ya a menos de cincuenta kilómetros de Roma. Lo anormal se convirtió en norma; el espectáculo de los sarracenos establecidos en el corazón de Italia era un suceso cotidiano, y los mercaderes italianos pagaban en Italia peaje a los cabileños africanos como cosa de rutina.

El establecimiento de un equilibrio temporal entre las facciones de Roma liberó las energías necesarias para una de las raras acciones militares de los romanos contra los enemigos exteriores. Toda Italia se unió ante la amenaza de una dominación sarracena absoluta y miró de nuevo —y por última vez— a la imperecedera ciudad del Tíber, que reasumió sin esfuerzo su antiguo papel de líder. Hasta los bizantinos olvidaron sus eternos resentimientos y se unieron a sus hermanos cristianos en la lucha contra el musulmán. La oscuridad que envolvía Roma aclaró brevemente cuando poetas y cronistas, exaltados por el acontecimiento, registraron la última campaña victoriosa del ejército romano, arrojando sobre ella una brillante luz que permite a la posteridad calibrar la actuación del triunvirato. Papa, noble y soldado resumieron y fundieron de momento todo lo que había de grande en Roma, conduciendo un enorme ejército contra los sarracenos, destruyéndolos y alejando con ello la amenaza que se había cernido sobre Italia durante dos generaciones. Volvieron a Roma triunfantes.

Y, después, la oscuridad desciende de nuevo sobre Roma; cuando, años más tarde, se produce un destello de luz, Alberico ha desaparecido, y con él, Teofilato y Teodora. La total ausencia de información permite dar cualquier interpretación al fin de Alberico y de la primera generación de los Teofilato. Años más tarde, los

cronistas recogieron uno de los muchos y vagos rumores que persistieron. Parece ser que Alberico subió demasiado, y fue destruido. Pretendió ejercer un dominio total, pero fue expulsado de la ciudad y acabó como había empezado: de noble bandido en una fortaleza roquera, asediado y muerto por el pueblo que le había aclamado como héroe y salvador.

Esta versión no es descabellada ni improbable. Era casi inevitable que un hombre que había alcanzado tan alto rango con la espada se sintiera incitado por la anarquía crónica de la ciudad e intentara gobernarla por la espada, sobre todo si estaba casado con una mujer como Marozia. El destino de los padres de ésta es absolutamente desconocido. Quizá les alcanzara la desgracia de Alberico; quizá los destruyera éste, o su propia hija en su marcha ascendente. Pero, fuesen cuales fuesen los medios empleados, el caso es que el escenario romano estaba libre para Marozia en el año 926.

## La "papisa Juana"

La clave de los tumultuosos acontecimientos acaecidos en Roma mediados del siglo x está totalmente en la personalidad de Marozia. Ella era una seglar, pero controló el supremo cargo sacerdotal de Europa. Era una mujer, pero dominó a una sociedad puramente masculina, tergiversando en provecho propio la compleja constitución de la ciudad.

Pero su caso no fue el único. Su madre había demostrado las alturas a que podía elevarse una mujer, y en toda Italia, y hasta más allá de los Alpes, prevaleció una curiosa dominación de mujeres que persiguieron y conservaron el poder político por medios sexuales. Indudablemente, el prurito de los cronistas célibes exageró esta tendencia, pero constituyó un factor muy real en un mundo supuestamente masculino. Aquellas mujeres se casaron dos, tres y hasta cuatro veces, en una sociedad que miraba el segundo matrimonio casi como un adulterio, y la muerte de los sucesivos maridos incrementaba invariablemente sus riquezas. Hasta la llegada del Renacimiento no volverían a aparecer mujeres que disfrutaran de tanto poder.

Marozia no fue la única, pero sí, desde luego, la más flameante. Al no tener *status* oficial, se vio privada de las áridas alabanzas de los apologistas oficiales que podrían haber neutralizado en parte los prejuicios universales de los cronistas. Benedicto, el monje cronista del cercano Monte Soracte, llevaba años y años observando los asuntos romanos, y era el más indicado para emitir algún juicio sobre esta notable mujer que parece existir en el vacío. Pero se contentó con la desabrida aseveración de que ella, como su madre, fue senadora de Roma, es decir, señora de la ciudad. En un breve comentario deja traslucir la opinión que le merecía la situación: «El

poder romano estaba subyugado por mujeres... como cuando leemos en el profeta "los afeminados dominarán Jerusalén"»,<sup>4</sup> pero eso es todo. Era un monje, y la idea de que una mujer ejerciera el poder en la ciudad sagrada le resultaba lo bastante sacrilega para entrar en detalles tan sin importancia como si ese poder se ejercía para bien o para mal.

Es comprensible que no dé ninguna indicación de los medios que utilizó Marozia para hacerse con el poder civil de Roma. Los hilos del poder estaban enmarañados más allá de cualquier esperanza de desenredarlos, y ella supo aprovecharse de la confusión. Pero su poder dependía en último término de su habilidad para conservar la lealtad, o alimentar la ambición, de sus conciudadanos. No disponía de las enormes riquezas, extraídas de todo un imperio, que habían permitido a los antiguos dueños de Roma mantener sujeta a la plebe con el anestésico de los juegos. El único poder militar era el suministrado por una desganaada milicia o el adquirido con la fortuna privada. Sus dos hijos eran niños todavía. Su hermana, aunque leal a su casa como todos los Teofilato, prefería seguir el camino más convencional que se abría ante las patricias de entonces y dedicarse a los asuntos domésticos y a las más inofensivas prácticas religiosas. Marozia tuvo que ejercer el poder ilegalmente, y además sola.

Aparte de las páginas de Liutprando de Cremona, existen sólo vagos indicios sobre su carácter: sensual, pero capaz de emplear friamente su belleza como un arma política; feroz, viciosa, vengativa, pero también muy competente e inteligente. Liutprando insiste en algunos detalles, pero ignora el resto. Sus motivos para pintar a Marozia con los colores más negros posibles son evidentes: era romana, y abuela del papa que creaba problemas sin cuento al amado señor de Liutprando, el emperador Otón. De hecho, Marozia era el ancestro común de una serie de papas que desafiaron a los emperadores de Occidente.

Ya predispuesto a la parcialidad, Liutprando decidió atacar a Marozia en el punto más vulnerable de toda mujer de alta posición: su castidad. Esto era totalmente irrelevante, y, como ataque, fracasó en sus objetivos, pues arrojó una cortina de humo sobre el resto de sus actividades, tanto las malas como las posiblemente buenas. La moral de Marozia habría pasado desapercibida en la corrupción universal que caracterizaba a la sociedad romana. Lo verdaderamente notable fue su capacidad para moldear las personas a su

4. Benedicto, cap, V.

gusto, y eso lo ignora Liutprando, salvo cuando quiere insinuar que lo conseguía exclusivamente por medio de la alcoba. Pero, incluso en ese caso, los más destacados políticos romanos seguramente contemplaron de cuando en cuando su futuro con desmayo.

Los padres de Marozia se habían limitado a establecer alianzas entre su familia y el Papado. Su hija animó audazmente esta política hasta sus últimas consecuencias: el Papado y la familia Teofilato eran una misma cosa. Mostró una indiferencia absoluta hacia las pretensiones de universalidad del cargo, y se limitó a considerarlo como la condecoración necesaria a una familia romana triunfante, como un medio de canalizar los cuantiosos ingresos de San Pedro hacia las arcas de los Teofilato. Ya tenía un candidato, Juan, su hijo mayor, engendrado por el papa Sergio, y en aquel momento un muchacho de doce o catorce años. El papel que debía jugar su segundo hijo, Alberico, era más incierto. El propio Alberico aportaría posteriormente las pruebas de que fue obligado a retirarse a un segundo plano, a pesar de ser el hijo legítimo del que fue héroe de Roma. Juan iba a ser la pieza mayor de Marozia sobre el tablero, posiblemente porque coronar como papa al hijo de un papa era la mejor forma de promover el principio hereditario.

Pero, cualquiera que fuese el hijo que ella respaldara abiertamente, la posición del papa reinante, Juan, se había hecho muy peligrosa. Era un hombre enérgico y valiente, pero, privado de la protección de Teodora, se encontró aislado en una ciudad controlada por el enemigo. Porque Marozia aborrecía al amante de su madre. Su odio quizá surgiera de esos oscuros resortes sexuales que impregnaban las motivaciones de su violenta y desgraciada familia; también es posible que viera en aquel correoso y astuto papa un obstáculo para sus ambiciones. El caso es que ya había decidido su destrucción.

La tigresa de Roma, con dos cachorros para el futuro, debió constituir un espectáculo enervante para un hombre que conocía por experiencia propia el poder de una matrona romana; el papa Juan buscó un aliado fuera de Roma. Había uno a mano: Hugo de Provenza, otro de los que se jactaban de que la sangre de Carlomagno corría, aunque ilegítimamente, por sus venas. Hugo prometió ayudar al papa si éste le coronaba rey de Italia. Juan fue a Rávena para discutir los detalles.

Pero había actuado con demasiada lentitud. Mientras las prolongadas negociaciones seguían su curso, Marozia se ofreció a sí misma a Guy, hermanastro de Hugo y señor feudal de la Toscana, quien aceptó y aportó su dote matrimonial en forma de soldados. Ayudada

por su nuevo marido, Marozia cerró firmemente su garra sobre Roma, apoderándose del castillo de Sant'Angelo, llave de la ciudad. Segura política y militarmente, esperó tranquila el regreso del papa.

Juan volvió y se las arregló para sobrevivir otros dos años, defendido por una devota aunque menguada guardia de corps. En el verano del 928 se produjo un repentino y violento motín. Juan fue capturado y encerrado en una de las mazmorras de Sant'Angelo. Allí murió un año después, asfixiado o de inanición, el primero de los papas creados por una mujer y destruido ahora por su hija.

Tres años después, Marozia realizó una de sus grandes ambiciones al elevar al trono al hijo de Sergio. Dos figuras borrosas habían mantenido el trono caliente para él en espera de que tuviera una edad que no ofendiera la amplia tolerancia de los romanos. A pesar de todo, no tendría mucho más de veinte años cuando fue nombrado sumo pontífice. Marozia prescindió poco después de su marido. Había utilizado su ayuda para ahogar los últimos conatos de resistencia, y, ahora, como el desgraciado macho de una mantis una vez realizada la única función para la que ha sido creado, ya no servía para nada.

Marozia también dirigió su vista al exterior en busca del mismo Hugo de Provenza que había sido ungido rey de Italia por el infortunado papa Juan. Con semejante hombre a su lado, podría perseguir el objetivo más alto de este mundo: la propia corona imperial, pues en las manos de su hijo residía el poder de convertir un rey en emperador. Hugo acudió presuroso a Roma en cuanto le llamó.

Liutprando conocía bien a aquel hombre. Había sido paje de su corte y le apreciaba bastante. Pero ahora, escandalizado, compara a Hugo con un buey que acude al sacrificio a incitación de una mujer, y da a entender que lo hace por los motivos más bajos. Desde luego, Hugo era el más cumplido sátiro de su tiempo. Su corte real parecía un burdel ante el que se maravillaban incluso los mismos italianos. Marozia constituía, sin duda, una irresistible atracción para un hombre así, pero mucho más fuerte debió ser la atracción de la dote que ella podría aportar. Hugo ya estaba casado, pero ese problema tenía fácil solución. Sin embargo, existía otro obstáculo. El matrimonio de Marozia con su hermanastro hacía de su proyectada unión algo técnicamente incestuoso. Ni corto ni perezoso, Hugo difamó la memoria de su madre declarando bastardo a su hermanastro. Cuando otro hermano protestó furioso, Hugo ordenó que le sacaran los ojos y lo encarcelaran.

Hugo llegó a Roma en la primavera del 932 para casarse con su señora. Una atmósfera borrascosa rodeó la boda. Tras el novio estaban los espectros de una esposa que había muerto oportunamente, de una madre difamada y de un hermano cegado y arrojado a una mazmorra. Las manos de la novia que le esperaba sólo estaban manchadas, probablemente, con la sangre de su hermanastro, y, ciertamente, con la sangre de un papa. Pero su hijo estaba celebrando la ceremonia, y él, supremo juez de la moral de Europa, no vio ningún impedimento para realizar el matrimonio.

La boda no tuvo lugar en una iglesia, sino en el castillo de Sant'Angelo. Allí, el borroso pero legítimo poder del rey de Italia se vio fortalecido por el ilegal, aunque muy real, poder de la señora de Roma. Aquel día dio la impresión de que no había nada que no pudieran conseguir, de que nada se alzaba ahora entre ellos y la púrpura imperial. Bastaba con que aquel dócil papa de veintidós años celebrara otra ceremonia para que Hugo y Marozia fuesen emperador y emperatriz de Occidente..., y Marozia era la única persona capaz de convertir aquel título vacío en algo lleno de significado. Pero en aquel momento, antesala inmediata del triunfo, una figura olvidada surgió de las sombras y, de un manotazo, les tiró al suelo la copa del brindis.

Esa figura era Alberico, el hijo del primer marido de Marozia, y hermanastro del papa. Quizá tuviera entonces dieciocho años. A lo largo de su joven vida, la madre le había mantenido deliberadamente en segundo plano. No podía reclamar el lazo genético que unía a su hermanastro con la Silla de Pedro, y, además, había heredado de su padre demasiada energía para ser un papa lo bastante complaciente.

El segundo matrimonio de Marozia había hundido todavía más a Alberico en la oscuridad, privándole por completo de la posición que le pertenecía por derecho, como heredero del héroe de Roma. Después desapareció el segundo marido de Marozia, Guy; pero ahora surgía el despiadado Hugo. Aparte de su sentimiento de dignidad ofendida, Alberico comprendió que estaba en un peligro terrible e inminente, pues en la ciudad no había sitio para dos hombres como él y Hugo. Su nuevo padrastro, arrogantemente confiado, no se molestaba en disimular sus intenciones de cegar al joven rival —el método universal de dejar indefenso a un enemigo— y Marozia no presentaba ninguna objeción al proyecto. Ya era sólo cuestión de encontrar un pretexto adecuado para deshacerse del joven patrio romano sin que se rebelaran sus abyectos compañeros.

El pretexto llegó antes de lo que Hugo esperaba, pero no fue él

quien lo aprovechó. Durante uno de los numerosos festines que se celebraron en Sant'Angelo después de la boda, Alberico «estaba vertiendo agua, por orden de su madre, para que su padrastro se lavara las manos». Esto fue probablemente una humillación deliberada que Marozia impuso a su hijo para recordarle su posición subordinada. El joven derramó el agua con grosería, y Hugo le abofeteó.

Alberico salió corriendo del castillo, llamando a gritos a los romanos para que se sublevaran en defensa de su honor y sus vidas.

La majestad de Roma ha descendido tan bajo, que ahora obedece las órdenes de las ramera. ¿Puede haber algo más vil que el que la ciudad de Roma sea llevada a la ruina por la impudicia de una mujer, y que aquellos que en otro tiempo fueron nuestros esclavos sean ahora nuestros amos? Si él me golpea a mí, su hijastro, cuando hace poco que ha llegado como invitado nuestro, ¿qué suponéis hará cuando eche raíces en la ciudad?

Los romanos respondieron al llamamiento. Fue como si Marozia hubiese ejercido sobre ellos una fascinación a lo Circe durante casi seis años, reduciendo a la plebe más feroz de la historia a una apática masa de esclavos. Pero, cualquiera que fuese ese hechizo, se rompió en aquel momento, haciendo trizas el prematuro deseo de Hugo de saborear los frutos de la tiranía. Supieron ver tan claramente como Alberico la significación real de aquellas bofetadas. Las turbas se alzaron y avanzaron amenazadoras hacia Sant'Angelo.

El ejército de Hugo estaba acampado fuera de las murallas de la ciudad, pues su esposa había juzgado poco prudente introducir una masa de soldados forasteros entre sus volubles subditos, técnicamente la milicia ciudadana defendía el castillo. Sin embargo, el achaparrado edificio era inexpugnable y, si Hugo hubiese presentado aunque sólo hubiese sido una débil resistencia, su ejército habría tenido tiempo de penetrar en la ciudad y rescatarle, junto con Marozia y el pasivo papa que luego podría haber ceñido a sus sienes la corona.

Pero Hugo ni siquiera lo intentó. En cuanto se enteró de que los romanos se habían rebelado, no tuvo más preocupación que salvar la piel, y abandonó el castillo, su esposa y sus esperanzas de futura grandeza. Se descolgó por una cuerda en un punto en el que el castillo tocaba las murallas de la ciudad, se reunió con su

5. Liutprando, *op. cit.*, cap. IV, XLV.

ejército y se alejó inmediatamente de la peligrosa ciudad. La guarnición no tenía ahora ningún incentivo para defender Sant'Angelo contra sus conciudadanos; las turbas penetraron libremente en él, se apoderaron de Marozia y se la entregaron a Alberico.

Marozia desaparece de la historia en ese instante, como si nunca hubiera existido. Alberico emprendió el único camino seguro para él. Ella era su madre, pero era también la esposa de su peor enemigo, y una mujer perfectamente capaz de asesinar a su hijo para recuperar el poder que le habían arrebatado. A pesar de eso, Alberico, como lo demuestran sus actos posteriores, se abstuvo de cometer un crimen tan grave como el matricidio. Marozia fue conducida a los subterráneos más profundos de aquel castillo que había presenciado su efímero reinado. La emparedaron, y allí permaneció: una mujer aún joven y bella, sufriendo la muerte en vida, muerte que, sin embargo, no manchó las manos de su hijo con la sangre de un terrible asesinato. Y mientras ella se consumía furiosa en la mazmorra, arriba, en las luminosas calles de la ciudad, una revolución sin violencias ponía en manos de su hijo un poder que Roma llevaba siglos sin conocer.

Alberico rigió Roma como príncipe supremo durante veinte años, eliminando la absoluta decadencia que había hecho de la ciudad un objeto de desprecio para toda Europa. Dice mucho en favor de su capacidad que él, un joven de apenas veinte años, empuñara las riendas del poder con mano tan firme y decidida. Pero aún dice más en favor de su personalidad el que, bajo su gobierno, los romanos —el pueblo más venal e indisciplinado de Europa— resistieran los ataques y sobornos de Hugo de Provenza, quien, naturalmente, regresó para intentar una tardía venganza contra su hijastro.

El gobierno de Alberico devolvió la propia estimación a aquel grupo heterogéneo y salvaje de gentes que seguían llevando el sagrado nombre de romanos. Y si Roma se benefició de ello, más se benefició el Papado, pues el primer acto de Alberico fue privar a su hermanastro del poder temporal. Se investió como príncipe de Roma, divorciando de nuevo el poder temporal del espiritual tras la desastrosa fusión de dos siglos antes. Y, una vez más, el oficio de papa tuvo pocos atractivos para los avariciosos. El efecto sobre el carácter de los papas fue inmediato, dramático y, mientras gobernó Alberico, duradero.

Hasta los eclesiásticos más avinagrados, hasta los más tenaces



THE MANSSELL COLLECTION, LONDON

Martín Lutero, por Lucas Cranach. Galería Uffizi, Florencia.



THE MANSSELL COLLECTION, LONDON

Clemente VII, por Sebastiano del Piombo. Galería Nacional de Capodimonte, Nápoles.

críticos de Alberico, tuvieron que reconocer que el supremo cargo de la Cristiandad occidental fue desempeñado dignamente durante las dos décadas en que se mantuvo alejado del poder temporal. Los papas disfrutaron bajo Alberico de una libertad absoluta para ejercer sus funciones sacerdotales y papales. Los edictos continuaron llegando a los obispos remotos, quienes, a su vez, buscaron la guía de su superior espiritual. La vasta y compleja maquinaria de la Iglesia Romana continuó girando alrededor de su antiguo centro sin que la afectara el hecho de que el obispo de Roma no fuera ya el señor de Roma. Hasta que no transcurrieron otros novecientos años, el Papado no volvió a verse libre de la carga de la temporalidad, y este breve respiro fue quizás el mayor logro de Alberico. Paradójicamente, fue el mismo Alberico quien acabó con esta tregua al fundir el poder temporal y el espiritual en favor de su joven y depravado hijo Octaviano.

## El papa-rey

Octaviano, hijo del príncipe de Roma, nació hacia el año 937. Su madre había sido el pasivo instrumento de la paz acordada entre Alberico y Hugo de Provenza el año anterior. Ella era hija de Hugo, y éste quizá tuviera intención de utilizarla como caballo de Troya que le facilitara la entrada en Roma. Pero poco después consideró más prudente retirarse de Italia, pues sus excesos y su tiranía habían minado el poco poder que tenía como rey. Reunió una fortuna en una última redada de saqueos y se retiró a Provenza, donde vivió cómodamente el resto de su vida. Fue elegido un nuevo «rey» de Italia, que ignoró a Roma y a Alberico. Éste, resignándose ante el hecho de que su esposa no era más que la heredera de un bandido retirado, se consagró, a partir de entonces, a la restauración de Roma.

El nombre que Alberico escogió para su primer hijo legítimo demostró su orgullo por el pasado de Roma y la confianza en su futuro. Los romanos habían olvidado, o miraban con desprecio, sus tradiciones e imitaban a la corte griega de Constantinopla en sus modelos de comportamiento social. Los propios abuelos de Alberico, Teofilato y Teodora, habían llevado nombres griegos a pesar de ser romanos. El nombre de «Octaviano» tenía para Alberico una doble significación. Había sido el nombre personal de aquel César Augusto, que fue la encarnación de la majestad de Roma; pero había sido también el nombre de un príncipe etrusco de Tusculum que dirigió a su pueblo en sus últimas batallas contra Roma más de un milenio antes. Probablemente, Alberico sólo quería establecer un lazo simbólico con la ciudad de sus ascendientes maternos, pero, con el tiempo, los descendientes de su familia reclamarían un lazo de sangre con los grandes etruscos, autotitulándose condes de Tus-

culum y transformando los oscuros orígenes de la familia en un brillante árbol genealógico.

La niñez del joven Octaviano aparece envuelta en una oscuridad casi completa. Probablemente, su padre le educó más para soldado que para sacerdote, pues en su vida de adulto demostró cierta eficiencia militar, y, en cambio, resultaba evidente que su cultura era muy pobre. Su ignorancia del latín más elemental le puso en ridículo en su madurez, cuando, como papa, tuvo que presidir reuniones de hombres cultos. Pero eso no parecía preocuparle. La casa de los Teofilato siempre había producido políticos y soldados, no eruditos, y el abismo en que estaba hundida la cultura en Roma hubiera exigido una juventud muy poco corriente para alcanzar el nivel que su clase aceptaba como norma en todas partes. Y, desde luego, la juventud de Octaviano no fue poco corriente.

Pero, cualquiera que fuese la clase de instrucción que recibió el muchacho, fue interrumpida casi en el momento de iniciarse, pues no tendría más de dieciséis años cuando, en el otoño del 954, murió su padre. Alberico tendría apenas cuarenta años cuando cayó víctima de las fiebres letales que acechaban en la Campania romana. Cuando le sobrevino su última enfermedad estaba en plena preparación de unas operaciones militares, pero no fue la campaña lo que le impulsó a convocar urgentemente a los nobles romanos en San Pedro.

Parece ser que Alberico sabía que estaba a punto de derrumbarse, y en un momento en que sus planes a largo plazo para sí mismo, para Roma y para su hijo, se encontraban aún inacabados. Con el aliento de la muerte sobre él, se arrastró hasta el lugar más sagrado de la Cristiandad, el altar situado sobre la tumba de san Pedro, y allí pidió a los nobles que juraran sobre los huesos del Apóstol que, cuando él muriera, elegirían príncipe a su hijo, y le nombrarían papa a la muerte del pontífice reinante. Los nobles le querían, y así lo juraron..., asegurando con ello la destrucción de toda su obra.

A pesar de su visión, de su imaginación audaz, Alberico seguía siendo hijo de su tiempo y, por tanto, incapaz de contemplar la realidad más que a través del cristal de la lealtad familiar. Había depurado a los Teofilato, los había convertido en una gran casa, y, de acuerdo con el clima moral de la época, hubiera sido una terrible falta no asegurar su continuidad.

Es posible que, de haber tenido tiempo, habría modelado a Octaviano a su propia imagen como príncipe, iniciando al joven en el control del delicado equilibrio de fuerzas que permitía a los oficios

de príncipe y papa discurrir separados pero en armonía. Sin embargo, no tuvo ese tiempo, y, en el último momento, el estadista cedió terreno ante el noble imbuido de orgullo familiar que cree que el poder y la riqueza del Papado deben servir exclusivamente para apuntalar la fortuna de su casa, ahora en manos de un joven inexperto.

Murió, y Octaviano le sucedió como príncipe. Un año después murió también el papa reinante, y los romanos, obedeciendo la última voluntad de Alberico, eligieron papa a su hijo, un muchacho de dieciséis años. De este modo se unieron nuevamente los dos cargos en una sola persona, provocando una situación crítica que estallaría con el tiempo.

El joven Octaviano tomó el nombre de Juan XII en la ceremonia de la coronación, iniciando con ello la persistente costumbre de un nombre papal distinto del real. Esto era un simple reflejo de su papel dual, pues siguió empleando el nombre de Octaviano cuando actuaba como príncipe, reservando el de Juan para las funciones papales.

El joven poseía cualidades que, de haberse desarrollado bajo la guía de su padre, podrían haber hecho de él un digno sucesor en cuanto príncipe. Tenía cierta insolencia atractiva, facilidad de palabra para salir de las situaciones difíciles, y un considerable coraje. Procuraba imitar a su padre, pero sólo cuando esto no exigía demasiado esfuerzo. No tenía ni el deseo ni la intención de gastar sus días y sus noches en trabajos oscuros y pacientes, dignos sólo de escribanos. Impulsivo, carecía de la capacidad necesaria para mantener el control firme y universal de hombres y acciones que requerían ambos cargos. En los primeros meses de su reinado acaudilló una expedición militar —planeada precipitadamente y muy mal organizada— contra un señor feudal de los Estados Pontificios que se había alzado en rebeldía, con ominoso apresuramiento, en cuanto le llegó la noticia de la muerte de Alberico. La expedición fue un fiasco. Una resuelta exhibición armada envió al ejército papal, con el Santo Padre al frente, en busca de refugio. Estaba claro que la vida militar no se había hecho para él, así que regresó a Roma y se embarcó en una forma de vida que soliviantaba incluso a los poco impresionables romanos.

La vuelta del poder temporal al Papado volvió arrojar la tiara a la arena del circo. Las facciones, dormidas durante veinte años, se despertaron. Los asesinatos, violaciones e incendios premeditados

volvieron a las calles como incidentes cotidianos. Juan alentaba las luchas intestinas con el mismo entusiasmo que su padre había puesto en eliminarlas: no era más que un noble joven y camorrista que se esforzaba en superar a sus peores colegas, y lo conseguía. Era el hijo del heroico Alberico, pero era también el nieto de Marozia y Hugo de Provenza, los dos más rematados libertinos que había conocido Italia en mucho tiempo. Y fue esta herencia maligna la que dominó rápidamente su naturaleza, colocada ya bajo la influencia corruptora del poder absoluto, y aislada de todo lo que significara nobleza.

Juan vio un tesoro a saquear en la ciudad que su padre había cuidado con cariño. Protegió su persona con las espadas de una facción para la que todo lo que él hacía estaba bien hecho mientras se mantuviera en el poder. A Roma le faltaba esa clase media que impulsó en los siglos siguientes una democracia limitada en las ciudades-hijas de Italia. No había allí mercaderes que crearan riqueza y actuaran de contrapeso entre los nobles y el pueblo; el principal ingreso de Roma procedía de los cofres de San Pedro, y su industria mayor era la producción de sacerdotes y la explotación de los peregrinos. La taciturna y desarticulada masa del pueblo era un elemento imprevisible que podía destruir pero nunca moldear, salvo cuando la dirigía alguno de sus muy raros genios. El poder era detentado completamente por las grandes familias atrincheradas en sus indestructibles castillos defendidos por ejércitos privados. Juan utilizó los ingresos de los Estados Pontificios para mantener sus propias mesnadas. Éstas resultaban inútiles frente a los enemigos exteriores, pero bastante adecuadas para aterrorizar a los romanos.

En sus relaciones con la Iglesia, parece que Juan se sintió impulsado a adoptar un actitud de sacrilegio deliberado que iba mucho más allá del disfrute casual de los placeres sensuales. Era como si los factores más oscuros de su naturaleza le empujaran a saborear los excesos más extremos del poder, convirtiéndole en una especie de Calígula cristiano cuyos crímenes resultaban particularmente horribles por el cargo que ocupaba. Posteriormente se esgrimiría contra él la acusación de que había convertido el Laterano en un burdel; de que él y su banda violaban a las peregrinas en la misma basílica de San Pedro; de haber considerado las ofrendas que los humildes depositaban en el altar un simple botín de circunstancias.

Sentía una irresistible pasión por el juego que le llevaba a invocar los nombres de dioses desacreditados que entonces todo el mundo equiparaba a demonios. Su hambre sexual era insaciable, pero esto

era un delito menor para los romanos. Mucho peor era que las ocupantes ocasionales de su cama fuesen recompensadas con tierras en lugar de recibir regalos en oro. Una de sus queridas consiguió llegar al *status* de señor feudal, «pues estaba tan ciegamente enamorado de ella que la nombró gobernador de ciudades..., y hasta le regaló cruces y cálices de oro de San Pedro».<sup>6</sup>

Fornicar era una cosa, pero enajenar tierras era otra muy distinta, que tocaba en lo vivo los derechos de la clase social de cuyo apoyo dependía. Era un gesto arrogante y temerario. Sin embargo, Juan permaneció inmune de momento. La oposición estaba fragmentada, sin un jefe que igualara siquiera su mezquina condición. Afortunadamente para él, era el único y constante centro de Roma.

Así que él siguió su curso durante tres largos años, hasta que fuera de Roma surgió un adversario, el nuevo rey de Italia, capaz de hacer causa común con los enemigos de murallas adentro. Este nuevo rey era, aunque parezca increíble, peor que el anterior. Se llamaba Berengario, y era titular de uno de los antiguos ducados lombardos. Se había abierto camino hasta el poder utilizando los socorridos medios del asesinato y la traición, y se mantenía en el trono gracias a la habitual cuadrilla de semibandidos que le apoyarían mientras siguieran obteniendo de él los correspondientes beneficios. El reinado comenzó con asesinatos, y continuó con una violencia y una codicia tan brutales que superaron incluso las de los tiempos de Hugo de Provenza. En cuanto a la esposa de Berengario, Liutprando comenta cáusticamente que únicamente el carácter de su hija la privaba del título de la peor mujer viva. Su avaricia era insaciable: las damas de su corte aprendieron pronto a presentarse ante ella limpias de joyas, pues exigía instantáneamente todas las que eran de su gusto.

Después de su coronación, Berengario saqueó durante cierto tiempo el Norte de Italia, y, luego, inevitablemente, empezó a moverse hacia el Sur, atraído, como todos, por Roma. Las tropas que mandaba se parecían mucho más a una cuadrilla de bandoleros que a un ejército real, pero sus soldados eran luchadores duros y ansiosos de poner las manos sobre el botín que, en su opinión, encerraba la ciudad. La placentera carrera de Juan sufrió un brusco colapso. A sus espaldas tenía unos ciudadanos al borde del motín; ante él, un enemigo cruel que era, además, un eficiente soldado. La túnica principesca cayó de sus hombros, dejando al descubierto un joven asustado que sólo pensaba en salvar la vida y, si era posible, sus placeres. En aquel momento era príncipe sólo de nombre; pero

seguía siendo papa y, como jefe supremo de la Iglesia cristiana, podía apelar a los instintos más nobles y profundos de todos sus hijos. En el año 960, Juan pidió ayuda al emperador Otón de Sajonia.

6. Liutprando, *Ottonis*, cap. X.

## La llegada del emperador

Habían pasado más de 150 años desde que el papa León III coronara a Carlomagno emperador de Occidente. Durante ese siglo y medio, la corona del Imperio había sido un adulterado pretexto para guerras intestinas, un título vacío al que podían aspirar hasta personas como Marozia y Hugo. Sin embargo, aún persistía el recuerdo de aquel imperio compacto surgido un lejano día de Navidad en el que las naciones guerreras de Europa se habían unido nuevamente bajo una sola cabeza. La unidad no había sobrevivido a Carlomagno, pero, desde entonces, los hombres habían considerado el Imperio Carolingio como una Edad Dorada perdida. Persistía la convicción de que el obispo de Roma podía crear un supremo señor de Europa que traería nuevamente la ley, y con ella la paz.

En consecuencia, cuando surgió en Alemania un gran rey auténtico, Otón de Sajonia, fue como si hubiera subido a un escenario que llevaba más de cien años esperando a su protagonista. Otón se encontró con una Alemania dividida en cinco grandes ducados, racialmente distintos. Los unió y se colocó a su frente.

Otón no podía pretender que descendía de Carlomagno pues, como sajón, ni siquiera era de su misma raza. Pero, al igual que su gran predecesor, poseía una personalidad que le permitía ignorar los argumentos y discusiones de los juristas, y centrarse en su objetivo: la restauración del Imperio Carolingio. Recibió la corona alemana en la bella iglesia circular que Carlomagno había construido en Aquisgrán, y luego le dieron, sucesivamente, la gran espada de los reyes francos, el cetro y la valiosa Lanza Sagrada, la misma que había perforado el cuerpo de Cristo en la cruz. Organizó su corte siguiendo el modelo de la de Carlomagno y, aunque no podía compararse con él en cualidades intelectuales, sobresalió en su tiempo

como un rey joven y poderoso que atraía a las gentes más diversas de los rincones más remotos de Europa. Entre ellas figuraba el obispo lombardo de Cremona, Liutprando, cuyas vividas historias, la única guía segura para este oscuro siglo, convirtieron el recuerdo de Otón en una reliquia adornada de todas las virtudes.

Pero no fueron sus pretensiones imperiales e intelectuales las que hicieron grande a Otón a ojos de los pueblos situados fuera de sus bosques germanos. Las pretensiones imperiales eran lugar común entonces, y las inquietudes intelectuales asunto de copistas y clérigos. Su verdadera proeza consistió en eliminar durante más de una generación la terrible amenaza que los hunos representaban para Europa.

Los europeos veían a los hunos como erráticos espíritus de alguna diabólica mitología que, a millones, se desbordaban sobre Europa procedentes del Este. Aquellos hombrecillos de ojos hundidos y cabezas parcialmente afeitadas eran algo totalmente insólito para Europa. Se alimentaban habitualmente con carne cruda, y esto dio lugar a la creencia de que devoraban los cadáveres de sus víctimas. Increíblemente resistentes, soberbios jinetes, aterrorizaban incluso a los que habían experimentado las sangrientas correrías de los noruegos y la refinada crueldad de griegos y sarracenos.

Alemania estaba en primera línea frente a esta nueva oleada de inmigrantes y, al combatirla, los alemanes encontraron un héroe y una identidad nacional. El padre de Otón había organizado las defensas orientales del país y frenado a los hunos en una tremenda batalla. Agotados, detuvieron su avance durante una generación, pero luego, poco después de la subida de Otón al trono, se infiltraron a través de las fronteras con hordas tan numerosas que podían jactarse de que sus caballos dejaban secos los ríos y envolvían ciudades enteras en las nubes de polvo que levantaban sus cascos.

Otón les salió al paso en las afueras de Augsburgo el 10 de agosto del 955. En el bando alemán, los muertos se contaron por decenas de miles, pero los hunos que murieron fueron incontables. Aquello fue el fin de la amenaza. Europa occidental había demostrado que era capaz de defender su renaciente civilización, y los hunos retrocedieron hacia el Este.

Con el prestigio de la victoria de Augsburgo sumado a su demostrada capacidad de estadista, Otón brilló sobre Europa sin rival. Su influencia se extendía desde Inglaterra hasta España, e incluso los daneses reconocieron su soberanía nominal. Pero eso no era suficiente; el recuerdo de aquel día de Navidad le seguía atormentando, como atormentaría a tantos alemanes para desgracia de

su nación. Llevaba sobre sus hombros el manto de Carlomagno; gobernaba *de jacto* sobre la mayor parte de su imperio; tras la batalla de Augsburgo, sus tropas le habían aclamado espontáneamente como «Imperator», pero aún no le había ungido el sucesor del sacerdote que había ungido a Carlomagno. Y hasta que no recibiera el sagrado óleo sería un pretendiente, un rey bárbaro que, daba esa casualidad, tenía poder militar suficiente para dominar Europa. Así pensaba él al menos, y con él, la mayoría de los europeos.

Por tanto, cuando Juan le convocó a Roma para defender al Apóstol y recibir la corona del Imperio como recompensa, Otón acudió a toda prisa. Berengario, matón pero no cobarde, se retiró de Roma para salirle al encuentro en una batalla de cuyo resultado nunca hubo la menor duda, pues los veteranos de Augsburgo superaban con mucho a los bandidos de Italia. Tras arrancarle promesas de buen comportamiento, Otón puso a Berengario en libertad —una locura, pensaron sus consejeros— y continuó hacia Roma. En las primeras semanas del nuevo año, 961, avistó la gran muralla de Aureliano.

La coronación de un pretendiente alemán en Roma había provocado un siglo antes el macabro juicio de Formoso, con su larga secuela de violencias. Ahora se convocaba de nuevo a los romanos para que fuesen testigos de la glorificación de un bárbaro, y esta vez hacía la convocatoria el hijo del hombre que había restaurado la dignidad de Roma.

A pesar de las pretensiones culturales de Otón, el aspecto de su ejército apenas era mejor a ojos de los romanos que el de los hunos a quienes había destruido. «Terribles de aspecto» eran aquellos alemanes, gigantescos, barbudos, hirsutos, hombres salidos de los bosques del Norte, lobos apenas atraillados por su rey, tan despreciativos para con los decadentes romanos como despectivos se mostraban los romanos hacia aquellos bárbaros. Los romanos habían olvidado desde hacía mucho tiempo el arte de la guerra en campo abierto, pero eran maestros de la lucha callejera en la que las turbas, familiarizadas con cada palmo de terreno, eran capaces de poner en fuga a todo un ejército. Sin embargo, aunque se produjeron algunos incidentes, no hubo ningún gesto de claro desafío. El grueso de las tropas alemanas permaneció, como aconsejaba la costumbre y la prudencia, fuera de las murallas de la ciudad, cuyo espesor actuaba a modo de aislante.

El 2 de febrero por la mañana, Otón entró en la ciudad en un desfile solemne, acompañado por una numerosa guardia de corps.

Las gentes le recibieron en medio de un pasivo silencio, y los alemanes avanzaron sin obstáculos hasta el pie de las gradas de mármol que conducen al gran atrio de San Pedro. La guardia desmontó allí, pero Otón ya se había llevado aparte a su escudero Ansfried y le había avisado para que estuviese dispuesto a todo, incluso dentro de los sagrados recintos de la basílica. «Cuando me arrodille hoy ante la tumba del Apóstol, quédate detrás de mí con la espada. Sé muy bien lo que mis antepasados tuvieron que sufrir de estos innobles romanos.»<sup>7</sup>

Ansfried acompañó a su señor escaleras arriba, hasta donde le esperaba el joven Juan, espléndidamente vestido; el cortejo, al que ahora se habían sumado muchos sacerdotes, cruzó el atrio y penetró en la enorme y oscura basílica. Pero tampoco hubo allí incidentes. Otón se arrodilló sobre el sepulcro de Pedro —un sepulcro al que le habían robado sus tesoros y cuyo túnel de acceso seguía bloqueado por los escombros— y recibió aquella corona cuyo peso aplastaría más tarde la corona del reino alemán. El Sacro Imperio Romano-Germánico vio la luz el 2 de febrero del 961, uniendo a Italia y Alemania en un desavenido matrimonio que duraría otros novecientos años.

Juan XII, el joven noble disoluto que inició el proceso con todas sus incalculables consecuencias, se limitó a seguir los precedentes establecidos. Otros papas habían coronado a otros pretendientes con esta u otra corona para conseguir objetivos poco más dignos que el suyo. El juramento pronunciado por Otón en el acto de la coronación debió ser muy alentador para él.

Exaltaré a la Iglesia y a ti, su celador, según mis poderes. Ni tú ni tus vastagos serán injuriados en vida con mi sanción o mi conocimiento. Nunca celebraré juicio, o haré leyes, dentro de tu jurisdicción. Cualesquiera propiedades de San Pedro que lleguen a mis manos te las restauraré. A quienquiera que confíe el reino de Italia, juraré<sup>8</sup> ser tu colaborador en la defensa de los Estados Pontificios.

Aquella era en apariencia una transacción muy provechosa para Juan. Iba a recibir protección militar directa del monarca más poderoso de Europa a cambio de lo que creía un honor hueco, un título sonoro pero vacío. Le serían devueltas las lucrativas ciudades que había ocupado Berengario para que disfrutara de ellas a ca-

7. Thietmar, IV, 22.

8. En Pertz, IV, 29.

pricho, y además conservaría el poder absoluto en Roma. La recilínea mentalidad alemana, que los antepasados de Juan habían manipulado siempre con facilidad, se encargaría de que Otón cumpliera sus promesas.

Pero había un fallo importante en el razonamiento de Juan. El Otón que se había arrodillado a sus pies en San Pedro era, en muchos aspectos, el ingenuo jefe tribal que parecía; pero era también un estadista de primera fila. Había conseguido unos grandes Estados por la fuerza de las armas, pero los conservaba, tanto por su capacidad para la diplomacia como por su fuerza. Poco a poco, había reunido a su alrededor las cabezas políticas y legales más lúcidas de Europa, hombres capaces de prever la consecuencia más remota del acto más sencillo, hombres que conocían con exactitud la debilidad y el vigor de las fuerzas que apoyaban a Juan.

En cambio, la corte del papa estaba integrada por jóvenes camorristas como él, o por sicofantes que le decían únicamente lo que resultaba agradable a sus oídos, gentes dispuestas a cambiar de bando a la menor presión. Indiferente a todo lo que no fuesen sus deseos inmediatos, falto de consejeros competentes, Juan actuaba con la arrogancia que nace de la ignorancia supina. Al principio, su actitud le dio cierta ventaja sobre Otón. El cauto alemán, que entonces se abría camino por las complejidades de la política internacional, mostraba una y otra vez su perplejidad ante las bruscas y temerarias acciones del joven romano. Ni siquiera cuando se convenció de que aquella aparente estupidez no ocultaba, después de todo, ningún maquiavélico complot latino, se decidió a actuar con esa firmeza que demostró en todos los demás terrenos a la hora de buscar la existencia de un complot verdadero detrás de uno supuesto.

No obstante, sus relaciones personales con Juan recordaban las de un tío con su sobrino. Otón ya había cumplido los cincuenta —la edad de un patriarca, en una sociedad donde la enfermedad o la violencia impedían a la mayoría de los hombres llegar a los cuarenta— y Juan se encontraba entonces en sus primeros veinte. En público eran emperador y papa, pero, en privado, la confianza que le daba a Otón su fuerza y la disparidad de edades, le impulsaban a tratar a Juan como al adolescente que era, a intentar, sin-cera aunque torpemente, guiar y ayudar a aquel patricio joven y atolondrado que, daba esa casualidad, era además sumo sacerdote. Nada más acabada la ceremonia de la coronación, se llevó a Juan aparte y le largó una filípica sobre los vicios de su pasado, pidiéndole que reformara sus costumbres. Juan simuló un fácil arpen-

timiento; de creerle, la era de los santos estaba a punto de alborear nuevamente sobre Roma.

Otón abandonó la ciudad al cabo de dos semanas. Roma, con sus hoscos ciudadanos al borde de la rebelión, tenía pocos atractivos para él. Además, era necesario completar la destrucción de Berengario, quien, como era previsible, había roto su juramento para volver, en compañía de su hijo Adalberto, al viejo camino, como si Otón no hubiera existido nunca. En cuanto Otón se alejó de la ciudad, Juan ofreció la corona imperial a Berengario, el mismo hombre cuyas amenazas le habían llevado a pedir a gritos la ayuda de Otón.

Probablemente es imposible reconstruir los retorcidos motivos de Juan XII. El origen de aquel gesto lunático quizás haya que interpretarlo como la forma más trivial de resentimiento, como un medio de vengarse de los tediosos sermones de Otón. Es posible, también, que quisiera demostrar que podía llamar a un rey, hacerle emperador y quitarle el título, si así le placía. O a lo mejor vio —aunque normalmente no se molestaba en pensar en el futuro— que la facción romana que le había apoyado como hijo de Alberico le rechazaría inevitablemente como protegido de Otón. Cualquiera que fuese la causa, se colocó deliberadamente al borde de su propia destrucción.

Berengario le falló, pues Berengario luchaba contra Otón por salvar la vida. Sin embargo, Adalberto, el hijo de Berengario, siguió dando guerra, gracias a haber hecho causa común con el enclave sarraceno de Provenza. Juan, persistiendo en su locura, le escribió ofreciendo transferirle la corona imperial si Adalberto acudía a Roma y la liberaba del virtuoso yugo que le había impuesto un alemán. Esto podía significar que los sarracenos entraran otra vez en Italia, pero aquel precio no le parecía excesivo. Adalberto, haciendo gala de buen juicio, no acababa de decidirse a cruzar su espada con el formidable emperador, y, mientras se lo pensaba, Juan entró en negociaciones con los hunos en el Norte y con los bizantinos en el Este.

De toda la extraña carrera de Juan, nada demuestra mejor su desequilibrio que esta sucesión de apelaciones. No iba a ganar absolutamente nada con ellas, salvo quizás un retorno a ese río reuelto en que hacían su ganancia los pescadores de su calaña. Hunos y sarracenos sólo muerte podían ofrecer al país. Y lo único que quería el emperador de Bizancio era recuperar la escindida provincia, tras de lo cual se acabaría con las pretensiones del obis-

po de Roma, que volvería a ser un simple funcionario subordinado a la corte.

Juan había tenido una experiencia de primera mano de la tiranía e infidelidad, tanto de Berengario como de su hijo. Incluso con sus limitados conocimientos de los asuntos de gobierno, debía saber que no podían igualar, ni por aproximación, la fuerza de Otón, y que, al recurrir a ellos, convertía al emperador en un peligroso enemigo. Por muy tolerante, por muy paternal que se hubiese mostrado Otón, era inevitable que reaccionara violentamente ante semejante incitación a la rebeldía.

La primera reacción de Otón fue, cosa lógica, de perplejidad. Sólo hacía unos meses que había librado a aquel joven de las violencias de Berengario, que le había garantizado no sólo protección sino autoridad soberana en su propia esfera. Y, ahora, esto. De momento, Otón no podía hacer mucho. Estaba a varios días de marcha de Roma y comprometido en una acción militar contra un enemigo duro que se había atrincherado en una segura fortaleza. De ahí que Otón no enviara a Roma un ejército, sino una embajada con la misión de averiguar exactamente lo que estaba ocurriendo.

Los enviados volvieron días después con una historia alucinante sobre las actividades de Juan en Roma. La violencia se había enseñoreado nuevamente de la ciudad. Los partidarios de Juan aseguraban la supremacía de su jefe a golpe de espada, y éste se había hundido otra vez en su vida de depravación. El tráfico de peregrinos se había interrumpido casi por completo, y los romanos, siempre más vulnerables en sus bolsillos que en sus conciencias, empezaban a hablar de derribar a su príncipe y llamar al emperador.

Pero todavía no habían emprendido ninguna acción abierta, y Otón, resistiéndose a ofenderles deponiendo a su príncipe —quizá resistiéndose también a creer que sus exhortaciones habían caído en saco roto—, se aferró a su esperanza de reformar a Juan.

Es sólo un muchacho, y cambiará pronto si buenos hombres le dan ejemplo. Primero se debe desalojar a Berengario; después dirigiremos algunas palabras de admonición al señor papa. Su sentido de la vergüenza le hará cambiar pronto a mejor, y, si se le lleva al buen camino, acaso se avergüence de volver a los antiguos hábitos.

La esperanza de Otón de que un Teofilato pudiera sentirse afectado por el «sentido de la vergüenza» dice más en favor de su pro-

9. Liutprando, *op. cit.*, cap. X.

pió sentido del honor y de su falta de imaginación que de su conocimiento de la moral romana. Juan, al enterarse de la reacción del emperador, debió pensar que no había nada que no pudiera hacer. Había negociado con los terribles hunos, le había tendido la mano a un vasallo rebelde del emperador, había entrado en contacto con el rival bizantino del emperador; y Otón, en lugar de descender sobre Roma con toda su majestad ultrajada, se había limitado a repetir sus vagas exhortaciones. Sin ver el abismo que se abría ante él, Juan continuó su camino, aunque, eso sí, dispuesto a hacer todas las protestas de reforma moral que Otón quisiera.

Los enviados que se consideró prudente mandar ante Otón inauguraron su embajada con una locuaz disculpa. Era cierto que el papa se había permitido ciertas indiscreciones juveniles, pero ahora estaba reformado, y en lo sucesivo viviría de un modo que agradara al emperador. Una vez cumplido este trámite, prosiguieron con un ataque directo contra Otón, impugnando su honor: no había cumplido su promesa de devolverle a San Pedro los territorios que se había comprometido a restaurarle; había dado asilo a dos altos funcionarios desleales al papa.

Otón conservó la calma. A la primera parte de la acusación contestó razonablemente que difícilmente podía devolver los territorios en disputa cuando aún no se los había arrebatado a Berengario. En cuanto a los dos funcionarios traidores, «Ni les hemos dado la bienvenida ni los hemos visto..., entendemos que fueron hechos prisioneros en Capua». Con ellos iban otros dos hombres, conocidos como amigos personales de Juan, que habían sido enviados con la misión de levantar a los hunos contra Alemania. «Si nos hubiera dicho alguien que el señor papa podía actuar así, no le habríamos creído. Pero su carta —sellada con su sello y llevando su firma— nos obliga a pensar que es cierto.»<sup>10</sup> Sin embargo, Otón quería una prueba definitiva e indiscutible de la traición de Juan antes de actuar. En consecuencia, mandó a Roma un último enviado. Eligió para esta misión a Liutprando, obispo de Cremona, el más hábil de sus consejeros italianos.

El texto de las *Hazañas de Otón*, una de las tres grandes obras de Liutprando, se ocupa exclusivamente de los acontecimientos acaecidos en Roma con motivo de su misión. La posteridad obtiene la mayor parte de su información sobre las vidas de Juan, su padre Alberico y su abuela Marozia de otros libros de Liutprando. Las líneas generales son bastante exactas y están corroboradas por

10. *Ibid.*, cap. V.

otros autores menores; pero los detalles están impregnados del persistente odio que sentía Liutprando hacia toda la estirpe de Marozia.

Era un buen escritor. Sus libros destacan sobre la tierra yerma de la historiografía italiana del siglo x como un oasis lujuriente, pero esos mismos atractivos son una trampa para el incauto. Generaciones de escritores posteriores elogiaron su vivacidad y lamentaron su obscenidad; y, desde luego, es cierto que por sus obras discurre un desprecio tan absoluto hacia la castidad femenina, que llega, en ciertos momentos, a la distorsión de los hechos. Pero la obscenidad es bastante inocua en sí misma, y huele más a taberna que a corte real. Son las distorsiones deliberadas las que minan el de otro modo inapreciable valor de Liutprando como guía a través del laberinto del siglo x. Toda su obra tiene aspecto de ser honesta, pues muchas veces se aparta del relato para precisar qué materiales puede garantizar personalmente y cuáles son simples rumores. Sin embargo, su objetividad es dudosa, porque no vacila en ennegrecer el carácter de un enemigo tan absolutamente que es imposible averiguar la verdad sin recurrir a otras fuentes. Su admiración hacia Otón es la faceta más notable de su carácter, pero al exaltar la figura de su héroe, desgraciadamente considera necesario exagerar la depravación de sus enemigos italianos. Y la figura de Otón no necesita este maquillaje artificial.

Otón, con su generosidad característica, había recibido en su corte a Liutprando, un estudioso huido y sin blanca. Pronto comprendió que había adquirido un consejero italiano muy competente que le resultaría de incalculable valor. Liutprando conocía personalmente a la mayoría de las grandes figuras de Italia y Constantinopla, y estaba capacitado para guiar a su patrón alemán a través de los peligrosos escollos de la lucha política italiana.

Liutprando tenía cuarenta años cuando Otón llegó a Italia. Había nacido en Pavía y, según su autobiografía, la belleza de su voz hizo que se le nombrara paje cantor en la corte de Hugo de Provenza, donde sin duda formó su opinión sobre la virtud femenina. Cuando Hugo decidió prudentemente retirarse de Italia, Liutprando entró al servicio de Berengario, en cuyo nombre hizo el primero de sus viajes a Constantinopla. Berengario le estafó. Cuando Liutprando buscó en su equipaje los ricos presentes acostumbrados para el emperador bizantino, sólo encontró una carta hipócrita, y no tuvo más remedio que comprar los regalos estrujando su menaguada bolsa. Aquel truco mezquino le encolerizó, y abandonó a Berengario en cuanto se le presentó la ocasión, uniéndose a la co-

rriente de refugiados italianos que buscaron asilo en la corte sajona de Otón. Después registró con profunda satisfacción la destrucción de Berengario a manos de su héroe Otón.

Liutprando estuvo al lado de Otón durante toda la campaña, analizando los inacabables problemas italianos que surgían cada día, cada hora, guiando la atención y los actos del alemán. Era lógico que Otón le eligiera para su última embajada a Roma, para intentar que Juan volviera a una línea de acción racional.

Cuando Liutprando llegó a Roma, se encontró con que Juan no tenía la menor intención de cumplir su promesa de reforma. Aquello no tenía nada de sorprendente. Más insólita resultaba su pretendida convicción de que Otón estaba rompiendo su juramento al no devolverle los Estados Pontificios tal como había prometido. Su creencia era evidentemente un pretexto, el más frágil de los pretextos, para repudiar a Otón: toda Italia sabía que el emperador y Berengario estaban luchando todavía por aquellos Estados. A pesar de ello, Liutprando, obediente a las instrucciones del emperador, siguió adelante con sus notas de protesta, aunque era escéptico acerca de su valor. Si Juan seguía dudando de la palabra del emperador, dijo, éste tenía derecho a elegir un campeón que defendiera el honor del emperador, o bien, a jurar que la devolución de los Estados era imposible todavía. Juan no aceptó ni el juramento ni el campeón, y despidió displicentemente a Liutprando.

Liutprando salió de Roma, pero antes de que llegara al campamento imperial, Otón se enteró de que Adalberto había resuelto al fin sus dudas y había entrado en la ciudad para recibir la corona de manos de Juan. Y ni siquiera Otón podía ignorar la presencia de un pretendiente en la misma Roma.

Corría el mes de julio. El intenso calor del verano italiano incapacitaba a los soldados norteños del emperador. El ejército permaneció hasta finales de agosto en el relativo frescor de las montañas de Umbría; después, con la llegada del otoño, Otón emprendió la marcha sobre Roma.

Fue una campaña rápida y fácil. Juan seguía rodeado por los rufianes que lo perderían todo con el restablecimiento del orden, pero el grueso de los romanos se revolvieron, acorralándole a él y a Adalberto dentro de la Ciudad Leonina. El joven papa hizo frente al desafío y apareció enfundado en una armadura para dirigir un desmayado ataque, pero sus nervios le traicionaron cuando le llegó la noticia de que Otón estaba cerca de la ciudad. Robó rápidamente de San Pedro todos los tesoros transportables que quedaban, y huyó a Tívoli con Adalberto. Otón entró pisándoles los talones, y tres

días después convocó un sínodo de la Iglesia Romana para considerar la situación.

El sínodo permaneció en todo momento bajo el control directo de Otón. Tanto éste como Liutprando eran conscientes de que esto exigía dirigirlo con la más escrupulosa honestidad. Los apologistas papales acusarían después a Otón de haber depuesto a Juan ilegalmente. El asesinato de un papa por otro, la deposición de papas por concilios de nombramiento más que sospechoso, los sacrilegios puros y simples..., todo eso no era nada al lado de la temeridad de un seglar que depone a un sacerdote.

Precisamente para evitar las probables acusaciones de parcialidad, Liutprando, al abrir el proceso en nombre del emperador, advirtió al sínodo que no se aceptarían pruebas basadas en simples rumores, y que todas las acusaciones debían ser específicas y verificadas. Liutprando no sólo fue el principal consejero de Otón, sino su único apologista en Roma; inicia su informe del juicio con su acostumbrado estilo enérgico y despreocupado. Identifica por su nombre y rango a todos los asistentes al sínodo. Arzobispos, obispos, cardenales, y hasta un representante del pueblo llano, «el plebeyo Pedro, también llamado Imperiola», merecen, uno por uno, su descripción. Cualquiera de esas personas, relacionadas directamente con el veredicto, podría haber acusado después a Liutprando de haberse apartado de la exposición estricta de los procedimientos. Ninguna lo hizo.

Otón inició su alocución al sínodo lamentando que Juan no hubiese considerado conveniente asistir. Semejante comentario en labios de cualquier otro hombre hubiera sonado a ironía. Pero Otón hablaba en serio; era un hombre que poseía todas las virtudes caballerescas, pero carecía por completo de sentido del humor. A continuación esbozó el curso que debía seguir el juicio, pues, indudablemente, se trataba de un juicio. Era preferible que las acusaciones las formularan individuos, y uno a uno; el sínodo decidiría después las medidas a tomar.

Y al instante, el cardenal Pedro se levantó y testificó que había visto al papa celebrar misa sin comulgar. Juan, obispo de Narni, y Juan, cardenal diácono, declararon después que habían visto al papa ordenar a un diácono en un establo... Benedicto, cardenal diácono, con sus compañeros diáconos y sacerdotes, dijeron que sabían que el papa había recibido dinero para ordenar obispos... En cuanto del

sacrilegio, dijeron, apenas se necesitaban investigaciones, pues era cuestión de abrir los ojos, no de rumores. Con referencia al adulterio del papa, ellos no tenían información visual, pero sabían seguro que había copulado con la viuda de Rainiero, con Estefanía, la concubina de su padre, con la viuda Ana y con su propia sobrina. Había ido públicamente de caza, cegado a Benedicto, su padre espiritual, provocado la muerte por castración de! cardenal subdiácono Juan..., brindado con vino por el amor del demonio...<sup>11</sup>

La lista llegó a su fin, y Otón insistió en que esperaba que hubiese testigos dispuestos a corroborar sus acusaciones. Los acusadores confirmaron sus declaraciones bajo juramento, y el sínodo pasó a considerar el paso siguiente. Se decidió convocar a Juan para que se defendiera.

Otón fue el encargado de hacer realidad la convocatoria, y Liutprando de redactarla en su florido latín. Era una carta digna. Otón volvía a expresar su sorpresa por la ausencia de Juan. El papa había sido acusado de acciones «que hubieran llenado de vergüenza incluso a cómicos», y era preciso que acudiera inmediatamente a Roma para limpiarse de esas acusaciones. Aticipándose a la natural resistencia de Juan a ponerse en manos de sus enemigos, le daba su imperial palabra de que «no se intenta ninguna acción contraria a los sagrados cánones».

Debió ser un flaco consuelo para Juan enterarse de que se le juzgaría únicamente según los sagrados cánones. Él no había predicado activamente la herejía, pero, aparte de eso, resultaba bastante difícil encontrar un canon que no hubiera infringido. Su respuesta fue un modelo de brevedad, aunque no de gramática, y una vez más se permitía un insulto estúpido ignorando ostensiblemente la presencia del emperador en Roma. Su carta iba dirigida simplemente «A todos los Obispos — Hemos oído que deseáis nombrar otro Papa. Si lo hacéis, os excomulgaré por Dios todopoderoso y no tendréis poder para ordenar a nadie ni celebrar Misa».<sup>12</sup>

El 22 de noviembre, otra embajada recorrió el corto trayecto que media entre Roma y Tívoli, llevando la respuesta del sínodo a Juan. Se hacían algunos comentarios pedantes a costa de la gramática del papa —«más apropiada para un muchacho estúpido que para un obispo: siempre pensamos que dos negaciones equivalen a una afirmación»—. La pedantería era seguramente obra de Liut-

11. *Ibíd.*, cap. X.

12. Citado en *ibíd.*, cap. XIII.

prando, pero la amenaza que la seguía era indudablemente de Otón. Si Juan no se presentaba en Roma, él, y no los obispos, sería el exco-mulgado.

Juan no estaba en Tívoli cuando llegaron los enviados. Un cronista posterior da a entender que su ausencia se debía al miedo, y que, mientras los enviados esperaban, estaba oculto como una bestia salvaje en los bosques cercanos. Desde luego, cualquier hombre inteligente hubiese sentido miedo en su caso. Adalberto, su aliado, había desertado apresuradamente en cuanto vio la fuerza de la oposición y que los altos cargos eclesiásticos de Europa apoyaban unánimemente al emperador.

Pero Juan era cualquier cosa menos inteligente. La interpretación que da Liutprando de su ausencia es mucho más característica de él. El papa, tras soltar su despreocupado exabrupto, había decidido ignorar olímpicamente todo el asunto y se había ido de caza. Se creía invulnerable, y las amenazas de un pelmazo alemán no podían afectarle a él, supremo pontífice y príncipe de Roma. Alguien, desde algún lugar, acudiría en su ayuda. Mientras tanto, los placeres de Tívoli estaban allí para que él disfrutara de ellos.

Otón ni suplicó ni amenazó más. Los romanos interpretaban invariablemente la paciencia como debilidad, y su clemencia empe-zaba ya a minar su prestigio ante ellos. El 1 de diciembre, Juan fue formalmente desposeído por el sínodo, y un candidato del emperador surgió como León VIII.

El nuevo papa, romano de nacimiento pero nombrado por deseo del emperador, era una afrenta para todos los romanos. No había ninguna razón legal por la que la elección del papa universal tuviera que hacerse siguiendo exclusivamente los deseos y la voluntad de los romanos. Pero, en la práctica, el hecho de que ellos tuvieran derecho a elegir el obispo de Roma había acabado con el derecho de las restantes comunidades cristianas a elegir su papa. En efecto, Otón actuaba en nombre de todos esos cristianos despojados cuando nombró un papa pasando por encima de los deseos de la plebe y los patricios de Roma.

Eso era, al menos, lo que argüían con cierta justicia los juristas imperiales, pero en Roma no había más argumento que la exasperación. Los romanos sólo veían que su príncipe, elegido por ellos, había sido derribado por un extranjero, por un bárbaro. Juan no había heredado el magnetismo de su padre, y los romanos se habrían olvidado de él con bastante rapidez si se hubiese dejado en sus manos la elección del sucesor. Pero cuando Otón depuso al papa,

depuso también al príncipe, y los romanos, al defender al segundo, se veían obligados a defender también al primero.

La revuelta estalló al mes de la elección de León. Ésta, la primera de una serie inacabable de sangrientas rebeliones contra el dominio imperial, fue sofocada con bastante facilidad. Los ciudadanos distaban mucho de estar unidos, y el ejército imperial acampado frente a las murallas. Otón pudo permitirse el lujo de tratar con clemencia la insurrección.

Pero no podía quedarse en Roma para siempre; y tampoco podía dejar una guarnición. Su ejército estaba compuesto de mesnadas feudales que servían a su señor para un objetivo concreto y por un período limitado de tiempo. La campaña precedente las había diezmado, y ahora apenas si le quedaba la fuerza suficiente para darles el *coup de grâce* a Berengario y a Adalberto. Cuando al fin se marchó de Roma, dejó sólo un contingente simbólico, como guardia de corps de León.

Juan regresó en cuanto se fue el emperador. El concilio que convocó en febrero del 964 estaba integrado por hombres muy asustados, pues la mayoría habían votado su deposición en noviembre. Pero, aunque los deseos de venganza de Juan no tenían límites, las circunstancias le obligaban a controlarse. Al sínodo de noviembre habían asistido más de un centenar de altos cargos de la Iglesia; al suyo acudieron menos de treinta, una prueba espectacular del declive de su poder. Los romanos podían sublevarse ante la deposición de su príncipe, pero los obispos de Europa, cuyo superior era él, no tenían estómago para más.

Durante los ocho años de su pontificado, Juan había hecho algo más que envilecer su cargo: lo había dejado vacío de toda significación fuera de Roma. Y hasta en la misma Roma, el pujante partido imperial reflejaba el descontento también creciente hacia un sistema que colocaba el supremo oficio espiritual en manos de un puñado de grandes familias. Fuera, las grotescas licencias de aquellos papas romanos, de los que Juan era el ejemplo más cumplido, habían comprometido, casi sin redención posible, la autoridad de Roma como centro de la Iglesia. «¿Dónde está escrito que la innumerable tropa de los sacerdotes de Dios, desperdigados por toda la Tierra, y adornados por la cultura y la virtud, deba someterse a monstruos desprovistos de todo conocimiento, humano y divino, desgracia del mundo?»,<sup>13</sup> demandarían después los obispos franceses en un concilio que amenazó con separar a la Iglesia gala de la ro-

13. Citado en Gregorovius, *Rome*, III, 405.

mana. Incluso las mentes más simples podían distinguir entre hombre y cargo, y, deslumbrados por el esplendor de los títulos, aceptar dones espirituales de manos de un loco. Los poderosos obispos de Europa, considerando la rica presa que los romanos mantenían firmemente agarrada, se pusieron decididamente al lado del emperador.

Los obispos distantes podían lanzar arrogantes desafíos, pero los que se encontraban todavía al alcance de Juan pensaron que era mejor llegar a un compromiso. Las motivaciones de este puñado de asistentes al sínodo resultan bastante sospechosas. Dos surgirían más tarde como papas con la aprobación del emperador, una prueba más de la habilidad romana para nadar y guardar la ropa. La mayoría eran romanos y tenían la incómoda sensación de que su existencia pendía de un hilo, y que su furibundo papa había desarrollado un peligroso instinto de conservación. Siempre era posible que volviera a triunfar, y que ellos se vieran reducidos al papel de exiliados en la corte del emperador.

Pero no habían perdido toda esperanza; su existencia daba un barniz legal a los actos de Juan. Las decisiones eran suyas, pero los actos parecían emanar de la actividad de un grupo: la Iglesia reunida en concilio. Juan concentró su ira sobre aquellos que habían sido lo bastante locos para formular acusaciones concretas contra él. A uno le arrancaron la lengua y le cortaron la nariz y los dedos; otro fue azotado; un tercero perdió la mano. Una vez reforzada la lealtad con el terror, Juan se dispuso a demoler los decretos del sínodo. León VIII, que había huido al lado de Otón en cuanto Juan volvió, fue excomulgado, y Roma volvió a sus luchas intestinas como si Otón estuviera en otro planeta.

El emperador se enteró de todo, pero no podía hacer nada. Había destruido a Berengario, pero su campaña contra Adalberto se aproximaba por entonces a su punto crucial. Abandonar ahora significaría perder todas las ventajas conseguidas durante el último año. León VIII le siguió a todas partes como un reproche viviente hasta que, al fin, Otón aplastó a Adalberto y se quedó con las manos libres para ocuparse de Juan y de Roma.

Pero la Cristiandad no se vio libre de aquella carga por la acción del Sacro Emperador Romano. El ejército imperial se encontraba aún en plena marcha sobre Roma cuando llegó la noticia de que Juan había muerto violentamente, aunque no en batalla ni por la mano de un asesino político. El campeón de la Cristiandad era un marido ultrajado que había sorprendido al Santo Padre con las manos en la masa y lo apaleó tan sañudamente que murió tres días después.

Al menos esa fue la historia que corrió por Roma. Liutprando la recogió y fabricó con ella una fábula moral en la que el marido injuriado se transformó en el demonio en persona, que se había presentado para llevarse a casa a su más leal servidor.

No se derramaron lágrimas por Juan, el joven que se había derrumbado bajo el peso colosal de su doble corona. Pero su muerte no trajo la paz ni a Roma, ni a la Iglesia, ni al emperador. La hidra romana, que había permanecido dormida desde principios de siglo, drogada primero por Teodora y Marozia, encadenada después por Alberico, había sido liberada al fin por Juan y se alzó para devorar a sus enemigos, a sus amigos, a sí misma.

La corona papal era el símbolo de la soberanía de Roma. La ciudad y el emperador estaban dispuestos a destruirse mutuamente para conseguir el control de ese símbolo. Otón descendió desde Alemania y sometió a la ciudad a una venganza terrible..., pero la ciudad se alzó de nuevo. La aplastó una vez más, y ella se alzó una y otra vez. El gran emperador murió, y su hijo Otón II continuó vertiendo sobre Roma la riqueza y las energías de Alemania en busca del doble objetivo de un Papado purificado y una corona romana. Cuando Otón II murió, su hijo, Otón III, heredero la tarea.

Al aproximarse el milenio —aquel año 1000 que los hombres creían traería el Día del Juicio—, una extraña calma cayó sobre Roma. Daba la impresión de que el joven Otón III estaba a punto de repetir el milagro de Carlomagno, uniendo Papado e Imperio en un abrazo indestructible en el que sus dos elementos se apoyarían mutuamente. Pero mientras el idealista Otón y su papa Silvestre, no mucho más realista, emprendían la gran obra, los descendientes de Marozia, convertidos en condes legales de Tusculum, preparaban la suya: una modificación, más duradera, del poder papal.

## El gobierno del mago

La correlación de fuerzas había cambiado completamente en la región que rodea Roma y se extiende hasta el Adriático. El «Patrimonio de San Pedro» era ahora un título vano, casi sacrilego, pues sucesivos papas, llevados del miedo o la avaricia, habían enajenado los territorios, y el Patrimonio era ahora un mosaico de principados diminutos. Cada cima lucía su ciudadela fortificada, sede de los nuevos barones que desafiaban lo que quedaba de poder central, hacían periódicas salidas para saquear la en otro tiempo poderosa ciudad, contribuían a la barahúnda que precedía a la «elección» de los papas, y regresaban con su botín.

Tusculum era uno de esos centros baroniales. La ciudad era antigua, pero casi no conservaba nada que sirviera de nexo físico con su heroico pasado, cuando, como potencia etrusca, había encabezado la oposición al creciente vigor de la ciudad del Tíber. Roma la había absorbido y convertido en ciudad de placer. Pero hasta los recuerdos de su vida durante el dorado crepúsculo del Imperio clásico, cuando Tusculum servía de lugar de reposo a los adinerados, estaban desapareciendo rápidamente. Las ruinas de la enorme villa de Cicerón se utilizaban como útil cantera de sillares ya cortados. Las plantaciones de flores que un día abastecieron a Roma estaban arruinadas desde hacía tiempo. Cabras cuidadas por pastores semibárbaros merodeaban por el lugar donde Lúculo había dado sus legendarios banquetes.

Pero los hombres se volvían de nuevo hacia Tusculum en aquella Edad del Hierro que había caído otra vez sobre Italia, atraídos por su situación estratégica, aunque indiferentes a la belleza que la había hecho famosa. El teatro, las villas y los templos suministraban piedras para las fortificaciones militares, y hasta la agri-

cultura más rudimentaria podía obtener alimentos suficientes de sus campos fértiles y fácilmente defendibles. Segura tras las nuevas murallas construidas con piedras antiguas, Tusculum se despertaba de su largo sueño para iniciar un nuevo ciclo de conquistas bajo el mando de los descendientes de Marozia.

La casa de Teofilato había conservado su identidad y su poder a través del caos que reinó durante toda la segunda mitad del siglo x. El gobierno de las mujeres había pasado a la historia. En estos últimos años del oscuro siglo, el cabeza de familia era Gregorio, conde de Tusculum, hijo o nieto del gran Alberico. Gregorio ostentaba legalmente el título de conde, pues lo había obtenido de la única persona capacitada para concederlo: el emperador Otón III, nieto de Otón I. Gregorio, con esa traición ramplona que pasaba en Roma por política, había abandonado a los aliados romanos de su familia y se había transformado en el leal servidor de un emperador temporalmente en auge. Luego, una vez obtenido lo que quería, dejó al emperador a merced de los lobos de Roma y se alzó como señor independiente de Tusculum, en espera de que a su casa se le presentase la oportunidad de entrar una vez más en posesión del Papado.

No había sido demasiado difícil engañar al joven Otón, un adolescente soñador de dieciocho años que acariciaba el fantástico plan de resucitar las glorias de la antigua Roma. Mayor obstáculo para las ambiciones tusculanas era el papa-erudito Silvestre II, a quien Otón había sentado en el trono el último año del viejo milenio. Silvestre había sido el tutor del joven Otón, pero no era un simple instrumento del emperador. Estudioso por inclinación, de joven se había visto envuelto por casualidad en una de las batallas políticas más violentas de Europa. La experiencia podía haber ahogado una u otra inclinación de su carácter, forzando al estadista a desarrollarse a expensas del intelectual, o inhibiendo al intelectual de representar un papel activo. Pero no sucedió nada de eso. Al contrario, las dos tendencias de su naturaleza se fundieron en una personalidad formidable. Fascinaba incluso a los poco impresionables romanos, que creían ver en él a un mago, o a alguien en relaciones muy íntimas con el diablo.

La mayor debilidad de Silvestre fue creer en la misión de Otón, y, de no ser por la evidencia inconsciente que suministran sus cartas, habría que considerarle un cínico redomado. Resulta extraño que un estadista de su experiencia tomara en serio los planes de aquel muchacho; planes que implicaban nada menos que recrear la corte imperial de Roma, hasta el último palacio y el último paje.

Pero las cartas de Silvestre demuestran que había en él un cierto infantilismo, una atractiva, y peligrosa, vehemencia hacia las nuevas ideas. Los planes de Otón quizá fueran extremistas, pero apuntaban en la dirección adecuada. Además, el papa era francés de nacimiento y tenía poca experiencia de los inestables romanos, cuya cooperación era requisito indispensable para el establecimiento del nuevo Imperio Romano. Al igual que Otón, sólo captó la violencia y el desorden, pero fue incapaz de percibir el soterrado orgullo de raza que hacía que los romanos prefirieran el caos a un orden impuesto por otros.

*Romam caput mundi!*, la frase inicial del decreto de Otón, era la clave de todos sus planes. Roma era la capital del mundo, y sobre sus antiguos cimientos se erigiría la nueva corte imperial, y no simbólica, sino muy realmente. Se construyó un gran palacio en la colina Aventina y se organizó un complejo ceremonial alrededor de la persona del joven emperador. En esto, Otón se apartó de su modelo, pues no imitó a los austeros latinos, sino a la gran corte bizantina que llevaba setecientos años deslumbrando al mundo con su esplendor. Sus cortesanos alemanes aprendieron griego, no sin reticencia, o, si esto resultaba superior a sus fuerzas, intentaban escribir sus bárbaros nombres germanos en aquellos exóticos caracteres. Los eunucos, cortesanos orientales característicos, desplazaron a los grises hombres de las tribus germanas y a sus virtudes reales y nada sofisticadas. Otón creó una cultura curiosa y bastarda en la que ritos y mitos, mal recordados, de la antigüedad latina se daban la mano con costumbres bizantinas y necesidades modernas, en un florecer exótico que no podía sobrevivir a su creador.

Los barones romanos se daban mucha prisa en aprovechar cualquier oportunidad de cargo nuevo que pudiera presentarse, y estaban plenamente dispuestos a dar su aquiescencia a aquella extraña versión del Imperio. El conde Gregorio de Tusculum, todavía amigo y aliado del emperador en apariencia, recibió el sonoro título de Prefecto de la flota. La flota no existía aún, pero eso no preocupó lo más mínimo a Gregorio. El prefecto tenía poderes muy útiles sobre la desembocadura del Tíber, poderes que podían emplearse en canalizar nuevos ingresos hacia Tusculum. Pero si Otón creía poder atar a su carro a un hombre como el conde Gregorio sin más que la concesión de resucitados títulos antiguos, quedó rápidamente desilusionado. Un ligero balanceo en el equilibrio del poder dentro de la ciudad hizo que Gregorio se alineara de nuevo con sus colegas romanos y encabezara un ataque contra su antiguo benefactor. El emperador del mundo, el joven que se autollamaba,

al antiguo modo, *Italicus, Saxonicus*, estuvo sitiado en el gran palacio del Aventino durante tres días con sus noches. Apeló a ellos en un discurso patético y curiosamente conmovedor. «¿Sois vosotros mis romanos, aquéllos por los que he abandonado mi país y mis parientes? ¿Sois vosotros aquéllos por los que he derramado la sangre de mis sajones y germanos, y —¡ay!— hasta la mía propia?». <sup>14</sup> Estas palabras tocaron alguna cuerda sensible del carácter romano y se produjo una breve reconciliación. Pero Gregorio de Tusculum, comprendiendo que en aquel momento el poder de Otón había empezado a declinar irrevocablemente, lanzó un nuevo ataque. Los diezmados partidarios de Otón y Silvestre aconsejaron a éstos que dejaran la ciudad inmediatamente, ahora que todavía estaban a tiempo. El 16 de febrero del 1001, emperador y papa salieron juntos de Roma.

Los once meses restantes de la vida de Otón fueron una trágica antítesis de todo lo anterior. Ni siquiera tenía tropas, pues su amor por Italia le había costado la lealtad de los alemanes. Él y Silvestre vagaron sin rumbo por diversos lugares de Italia. Otón tan pronto planeaba triunfantes restauraciones como contemplaba con la imaginación una vida ascética, apartada del mundo. Y así pasó sus últimos meses la Maravilla del Mundo, en una deprimente media luz, ni derrotado ni victorioso, ni rechazado ni aceptado. Murió el 23 de enero de 1002, a la vista de la ciudad que le había ignorado. No había cumplido aún los veintidós años.

Tras la muerte de Otón, Silvestre volvió a Roma. Ahora no tenía ninguna esperanza y muy poco que temer. Los romanos le dejaron en paz. Aquellos que no habrían vacilado en asesinar a un papa se mostraban menos decididos a la hora de habérselas con un mago. Apenas sobrevivió dieciséis meses a su brillante y errático pupilo. Murió en mayo de 1003, y su epitafio, escrito por alguien que tuvo que soportar las consecuencias de su muerte, resume el dolor que afligió a todos los hombres reflexivos al final de aquel espléndido sueño. «El mundo, al borde del triunfo, su paz ahora desaparecida, se retorció de dolor, y la tambaleante Iglesia olvidó su descanso.» <sup>15</sup>

El autor del epitafio describe los hechos con una precisión poco usual en su oficio. La tensa calma que había prevalecido en Roma durante el pontificado de Silvestre saltó por los aires. La suprema presa estaba de nuevo a disposición de los más fuertes, y la tambaleante Iglesia cayó en los expectantes brazos de Gregorio de Tus-

14. Tangmar, cap. XXV.

15. *Liber Pontificalis*, II, 269.

culum. Dos papas oscuros fueron elegidos sucesivamente tras la muerte de Silvestre, pero pertenecían a facciones cuyo dominio era sólo provisional. Cuando, al fin, Gregorio se decidió a actuar y se apoderó del Papado, fue imposible hacerle soltar su presa. Respalda- do por las espadas de sus montañeses, financiado por su propia fortuna, consiguió la elección de uno de sus tres hijos. Cuando ese hijo murió, la tiara pasó sin dilación a su hermano. Y cuando el hermano murió, el envilecido, pero todavía lucrativo oficio, tocó fondo. En el otoño de 1032, Teofilato, nieto de Gregorio y de ca- torce años de edad, fue «elegido» y subió a la Silla de San Pedro con el nombre de Benedicto IX.

## La venta del Papado

«Los romanos han encontrado un singular medio de pallar su insolente tráfico en la elección de papas», observaba el monje fran- cés Raoul Glaber. «Cuando tienen que hacer la elección de un pon- tífice de su agrado para elevarlo a la Santa Sede, le privan de su nombre y le dan el de algún gran papa para que la gloria de su título oculte su falta de mérito.»<sup>16</sup>

Octaviano, el hijo de Alberico, había establecido un útil pre- cedente cuando cambió su nombre por el de Juan. El observa- dor piadoso o distante de los acontecimientos romanos no veía más que una sucesión de grandes nombres que enmascaraban con- convenientemente la identidad innoble de los que ascendían a la Silla. Bajo el nombre de Benedicto, aparece ahora un joven que hizo de su cargo algo, no ya vergonzoso, sino ridículo. Octaviano-Juan se había comportado como un príncipe romano, con todos sus defec- tos, sí, pero también con algunas de sus virtudes; al menos no le había faltado coraje, y estaba tan dispuesto a luchar contra las turbas de Roma como contra los emperadores alemanes. Teofilato- Benedicto añadía la cobardía a la crueldad, e introdujo un elemento de comedia burlesca en la continua tragedia en que vivía el Pa- pado.

Los anales de Roma seguían siendo escasos, y Benedicto no tuvo un biógrafo hostile como lo había tenido Juan XII en Liutprando. Roma estaba hundida de nuevo en un caos absoluto, y las únicas ocasiones en que el joven papa sale de la oscuridad y se nos pre- senta a plena luz son aquéllas en que lucha por su vida y su cargo ante un ataque inesperado. El primero se produjo a los seis meses

16. Glaber, cap. XLVI.

justos de su instalación en el Palacio Laterano, cuando el diezmado partido de la oposición puso en marcha un complot destinado a arrojarle del trono. Sus enemigos tuvieron que enfrentarse a un problema formidable, pues Benedicto era casi invulnerable, guardado en el Palacio Laterano, ahora indistinguible de una fortaleza, por las espadas de sus partidarios tusculanos. Sin embargo, hasta Benedicto estaba obligado a guardar ciertas apariencias propias de su cargo y tenía que officiar la misa en la sagrada —e indefensa— basílica de San Pedro. Decidieron asesinarlo allí.

Los conspiradores eligieron un día de fiesta y penetraron en la basílica mezclándose entre la multitud para pasar desapercibidos. No podían llevar espada —eso hubiera sido proclamar a los cuatro vientos sus intenciones—, pero todos se habían provisto de un trozo de cuerda. El plan consistía en provocar un alboroto para que aquellos que se encontraran más próximos al Santo Padre le agarraran y le estrangularan antes de que los guardias tuvieran tiempo de intervenir. Confiaban en huir aprovechando la confusión resultante.

Pero, «hacia la hora sexta del día ocurrió allí un eclipse de sol que duró hasta la octava hora. Todos los rostros tenían la palidez de la muerte, y todo lo que podían ver estaba bañado en los colores amarillo y azafrán».<sup>17</sup> El oportuno fenómeno salvó a Benedicto, pues los asesinos, al ver la luz extraterrena que inundó la basílica, perdieron los nervios, y con ellos la ocasión de cometer el asesinato. El alboroto previo sirvió de aviso a Benedicto, quien salió corriendo de la basílica y no paró hasta que estuvo a distancia segura de Roma. Aquélla fue la primera de sus numerosas huidas.

Había relativamente pocos romanos complicados en el abortado complot del día del eclipse, ya que no había sido más que el intento de una facción de eliminar al jefe de otra. Pero, tres años después, Benedicto tuvo que afrontar una sublevación más importante. Benedicto había sido un instrumento puramente pasivo de la política de su familia. Su extrema juventud había convertido la formalidad de su «elección» en una solemne farsa, pero al mismo tiempo había protegido el cargo de las degradaciones más sensuales. Pero cuando alcanzó la madurez dio amplias muestras de que pensaba seguir punto por punto la tradición de los Teofilato.

Más tarde, las leyendas dirían que tenía un pacto con las potencias infernales. Se encontraron libros de magia en su palacio, y los campesinos juraban haber visto al joven papa consultando a los

17. *Ibíd.*

demonios de noche en escondidos lugares. Leyendas similares habían corrido a cargo de Silvestre, pero éstas habían surgido de la ignorancia de hombres que observaban el trabajo de un hábil alquimista y astrónomo. En cambio, los rumores referentes a Benedicto se basaban seguramente en la envidia. Sus poderes infernales se empleaban en un objetivo muy limitado: conquistar mujeres. O así lo creyeron los romanos, que olvidaron sus diferencias para desembarazarse del joven lunático.

Benedicto se escapó nuevamente de la ciudad, pero esta vez no salió corriendo hacia cualquier lugar de las afueras, ni se quedó allí esperando que remitiera el alzamiento. Esta vez tenía un objetivo. En Alemania había aparecido nuevamente un gran monarca, Conrado. Víctima del hechizo de Italia y del eterno deseo alemán de hacerse con la corona imperial, había emprendido la marcha hacia el Sur. En Lombardía se había organizado una formidable alianza, acaudillada por Milán, para bloquearle el paso, y Conrado se detuvo para destruirla. Benedicto corrió al campamento imperial escoltado por un puñado de seguidores.

Pocos espectáculos más grotescos que el del viaje hacia el Norte de aquel papa de dieciocho años, presidiendo solemnemente asambleas de hombres cultos y maduros, concediendo privilegios, emitiendo juicios. Todos los que suplicaban sus favores, o soportaban su infantil arrogancia, conocían muy bien los antecedentes de este nuevo Santo Padre. Todos sabían que la enorme y venerable maquinaria de la Iglesia romana funcionaba, aunque a trancas y barrancas, bajo el control de un barón-bandido de los Montes Albanos.

A pesar de ello, el cargo seguía siendo el eje del mundo occidental. Pocos años antes. Canuto, el tosco pero piadoso rey de la recién nacida Inglaterra, había acudido a Roma durante el pontificado del tío de Benedicto. Escribió a sus subditos una carta extasiada que resume la reverencia que inspiraba en los europeos la ciudad madre de Europa.

He estado últimamente en Roma para rogar por el perdón de mis pecados, por la seguridad de mis dominios, y del pueblo bajo mi gobierno..., venerando y adorando según mi deseo. He sido el más diligente en esto, pues he aprendido del sabio que san Pedro ha recibido de Dios el gran poder de atar y desatar, y que posee las Llaves del Reino de los Cielos.

San Pedro y el obispo reinante en Roma eran uno, y el ojo de la fe estaba ciego para las discrepancias incidentales. Ningún monar-

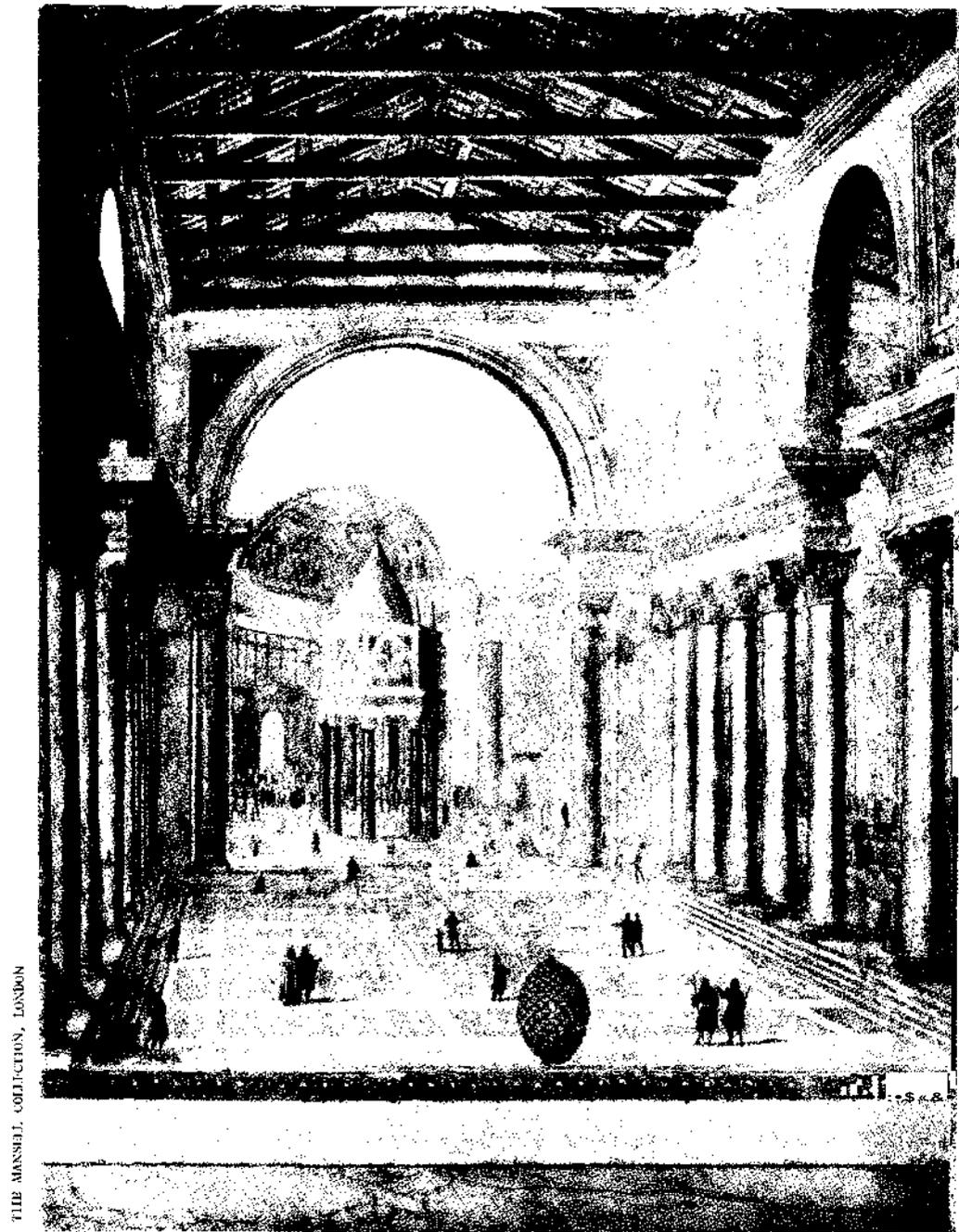
ca seglar, por poderoso o virtuoso que fuese, podía esperar que le dedicaran el respeto profundo e instintivo que sentían los hombres hacia el sucesor de san Pedro; por muy indigno que fuera, un sucesor que era también el heredero de la antigua capital del mundo. De aquí venía todo. «Una gran asamblea de nobles estaba presente —continúa Canuto—. Hablé con el emperador en persona, con el papa soberano y con los nobles que había allí, de las necesidades de mi pueblo, tanto de ingleses como de daneses...».<sup>18</sup> A pesar de su decrepitud, Roma seguía siendo el lugar de reunión de Europa; a pesar de su indignidad manifiesta, Benedicto IX seguía siendo el único sucesor viviente de san Pedro.

El emperador alemán reconoció esto, como todo el mundo, y se inclinó ante el papa, aunque se mofó del joven. La esperanza germana de una nueva ciudad de Dios en la que el santo papa se vería protegido por un emperador honorable estaba dormida, pero no muerta. Sin embargo, aún no había llegado el momento de su despertar. Los condes de Tusculum se habían unido, cuando les convino, a la causa del emperador, y Conrado estaba dispuesto a pasar por alto los pecadillos del papa siempre que pudiera confiar en el apoyo de los tusculanos. Benedicto excomulgó obedientemente al arzobispo de Milán a cambio de la promesa de una ayuda inmediata de Conrado, y volvió a Roma protegido por espadas alemanas.

Disfrutó de otros dos años de pontificado relativamente tranquilo, dos años en los que dio la impresión de que Juan XII estaba otra vez en la Silla: el asesinato y las violaciones eran lugar común, las riquezas que le quedaban al Papado fueron sangradas una vez más en burdeles, festines y la leva de ejércitos privados. La retirada de los alemanes marcó el encontronazo de las facciones. Benedicto huyó, pero sólo hasta Tusculum, donde se acogió a la protección de su tío el conde. Durante su ausencia de Roma, otro barón-prelado se alzó con el título de papa: Juan, obispo de los Montes Sabinos, que tuvo la temeridad de adoptar el gran nombre de Silvestre. Gobernó durante tres difíciles meses, y, a su debido tiempo, cuando Benedicto regresó al frente de una banda de tusculanos, huyó junto a sus tribus de los Montes Sabinos.

Para defender su curiosa conducta, Benedicto podía haber alegado que él no había elegido aquel alto cargo, echado sobre sus hombros por su familia. Desde luego, tuvo que pagar un alto precio por sus depravados placeres, disfrutados bajo una amenaza casi permanente de muerte. Durante su ausencia en Tusculum había tomado una

18. Florence de Worcester, An. 1031.



T. H. MANSHELL COLLECTION, LONDON

Interior de San Pedro. Fresco del siglo XVII. Iglesia de San Martino ai Monti, Roma.

Bonifacio VIII, según Giotto. Comienzos del siglo XIV. Iglesia de San Juan de Letrán, Roma.



THE MANSSELL COLLECTION, LONDON

THE MANSSELL COLLECTION, LONDON





decisión: se desembarazaría de aquel peligroso honor. En Roma casi todo el mundo creyó que le habían obligado a dar ese paso: deseaba casarse, pero el padre de la muchacha, aunque habituado al espectáculo de la depravación papal, retrocedió horrorizado ante la idea. Benedicto sólo podría conseguir a su hija renunciando al Papado.

Y Benedicto estaba dispuesto a hacerlo. En cambio no estaba tan dispuesto a aceptar la pérdida de ingresos que provocaría su abdicación. Los predecesores que habían sido expulsados de la Silla, normalmente habían hecho sustanciosos beneficios antes de huir de Roma saqueando las riquezas de San Pedro. Pero las arcas de San Pedro llevaban mucho tiempo completamente vacías. Si Benedicto quería dinero, tendría que tomar un préstamo sobre los ingresos futuros de la Iglesia, es decir, tendría que vender el Papado. Encontró un comprador en la persona de su padrino, Giovanni Gratiano, arcipreste de la venerable iglesia de San Juan de la Puerta Latina, y cerró el trato por la suma de 1.500 libras de oro.

La carrera de Benedicto fue el blanco de virulentos ataques, tanto por parte de los amigos como de los enemigos del Papado. Pero el acto de Gratiano indica más claramente que cualquier acusación los abismos en que su ahijado había hundido al Papado. Gratiano era un hombre instruido, honesto y buen cristiano; algunos le consideraban simple hasta la idiotez. El dinero que pagó procedía de su propio bolsillo. De hecho, lo había ahorrado con el propósito de reparar la más dañada de todas las grandes iglesias de Roma. Pero se decidió a cometer el peor de los sacrilegios, a someter la Silla de Pedro a su mayor humillación, con la bienintencionada convicción de que la estaba salvando de lo peor.

Ésa es, al menos, la interpretación de sus contemporáneos más serenos. No actuó solo, ni le faltaron consejeros competentes. Dos de sus partidarios más leales, el monje Hildebrando y el ermitaño Pedro Damián, jugarían posteriormente papeles destacados en los asuntos europeos. Ambos pertenecían al creciente movimiento de protesta y reforma provocado por la corrupción de la jerarquía, aunque siguieron caminos distintos para llegar a una misma meta. Hildebrando tomó la convencional vía monástica, y, finalmente, como papa, emprendió la titánica tarea de reformar a toda la clerecía de Europa, no sólo a la romana. Damián escogió una forma aún más antigua de protesta y se hizo ermitaño, criticando severamente a los degradados clérigos «en el mundo» desde su inviolable celda de anacoreta.

Hildebrando era en aquel momento un joven desconocido, por lo

que su apoyo a Giovanni Gratiano tuvo un valor relativamente pequeño. Pero Pedro Damián tenía ya en toda Europa reputación de santo y crítico mordaz. Respaldó valerosamente a Gratiano y, en su carta de felicitación, recurre a un curioso argumento para aprobar aquel acto de simonía sin parangón: «Que Simón, el falsificador de moneda, no presente más su metal de baja ley en el patio. La codicia de los que aspiran al obispado (de Roma) debe ser reprimida, las mesas de los cambistas, volcadas».<sup>19</sup>

Giovanni Gratiano inauguró su pontificado en el mes de mayo de 1045 con el nombre de Gregorio VI. Benedicto prometió de buen grado dejarle disfrutar de su cargo y se retiró a los Montes Albanos. Había ciertas dudas sobre su *status* exacto: un papa quizá pudiera abdicar, ¿pero podía vender el cargo? ¿No era cierto que un delito de simonía a tal escala le privaba de autoridad en el mismo momento de cometerlo y, por tanto, le confirmaba paradójicamente en su cargo? No había precedentes, pero, en cualquier caso, el nuevo papa Gregorio tuvo muy poco tiempo para discutir estas sutilezas sobre su autoridad espiritual.

Roma y los Estados Pontificios se debatían en las convulsiones de la anarquía más absoluta. El Papado era impotente para restaurar el orden en la misma región en que reclamaba todo el poder. Ni siquiera había dinero para pagar los gastos diarios de la corte.

El papa Gregorio encontró el poder del pontificado romano tan reducido por la negligencia de sus predecesores que, con excepción de unas pocas ciudades vecinas y las ofrendas de los fieles, apenas tenía lo necesario para subsistir. Las ciudades y posesiones de la Iglesia situadas a cierta distancia de Roma fueron tomadas a la fuerza por los saqueadores. Los caminos y carreteras públicas de toda Italia estaban tan infectadas de ladrones que ningún peregrino podía pasar a menos que fuera fuertemente guardado.<sup>20</sup>

No estaban seguros ni siquiera cuando llegaban a Roma. Los peregrinos ya estaban acostumbrados a que los desvalijaran los rapaces habitantes de la ciudad, pero ahora eran asaltados físicamente y despojados de los regalos que llevaban para ofrendarlos en el altar del Apóstol. Las facciones, divididas y subdivididas en sus lealtades, no se distinguían en nada de pandillas de salteadores. El propio Gregorio, sometido a la presión continua de la violencia, se vio

obligado a convertirse en poco más que un capitán de milicia, y a pagar de su propio bolsillo a los mercenarios que patrullaban por la desgraciada ciudad. Con esto sólo consiguió ganarse el odio de todos, pues sus soldados robaban indiscriminadamente a todo el mundo.

La tarea de Gregorio hubiera sido difícil incluso en el caso de poseer ese poder absoluto que creyó comprar. Pero se hizo imposible con la vuelta de sus dos rivales. Benedicto, quizá defraudado en sus actividades amorosas, quizá convencido de que el oficio de papa era más lucrativo que el de bandido serrano, reanudó su pontificado. El llamado Silvestre III regresó también, y mantuvo su corte en Roma, apoyado por las armas de sus hombres. Veinte meses después de que Giovanni Gratiano comprara el Papado, había tres papas en Roma, cada uno sin fuerza suficiente para expulsar a los otros, cada uno reclamando la posesión exclusiva de las llaves del Cielo.

Y los romanos se sublevaron, no violentamente como era su costumbre inmemorial, sino fría, serenamente. Un grupo de sacerdotes y ciudadanos partió en busca del emperador y le entregó, libremente y sin condiciones, la antigua ciudad que sus antepasados habían defendido celosamente para sí mismos durante generaciones. Sólo pidieron a cambio que limpiara aquel lodazal que era Roma, como los antepasados del emperador habían intentado hacer tantas veces, sólo que, en esta ocasión, emperador y romanos trabajarían unidos por un objetivo común.

El emperador llegó el 20 de diciembre de 1046, y presidió un sínodo que discutió la suerte de los tres papas, de los cuales sólo estaban presentes dos, pues Benedicto se había retirado prudentemente a Tusculum en cuanto el emperador pisó suelo italiano. El absurdo Silvestre III no supuso ningún problema para el sínodo: nunca había sido papa, así que fue condenado inmediatamente y encarcelado. El caso de Gregorio era muy distinto. Había actuado con la mejor intención y, como hombre, había desempeñado dignamente su cargo. Pero los romanos, clérigos y seculares, querían una limpieza general. Se defendió con energía, pero al fin admitió con tristeza que no se podía utilizar el mal para expulsar el mal, y abdicó voluntariamente, partiendo para el exilio en Alemania con su leal capellán Hildebrando.

Quedaba únicamente Benedicto. Tres días después fue depuesto canónicamente, un acto mediante el cual se admitía tácitamente que había seguido siendo papa durante todo el pontificado de Gregorio.

19. Epístola I, en Migne, 145.

20. Malmesbury, cap. XIII.

El sínodo eligió como nuevo papa a un candidato presentado por el emperador.

Pero una cosa era deponer a Benedicto y otra muy diferente asegurar su deposición. El ejemplo de su ilustre antepasado Juan XII le servía de guía, y en cuanto las fuerzas imperiales abandonaron la ciudad, volvió a Roma y explotó el ancestral odio romano a los papas «extranjeros» para conseguir apoyo. En Roma había suficientes sentimientos antiimperiales para permitirle sostener su precario dominio durante unos ocho meses. Pero en julio de 1048, cuando el emperador Enrique III se presentó en la ciudad, los escasos partidarios de Benedicto le abandonaron, y él huyó por última vez. Con este acto salió de la historia y entró en la leyenda. Ningún hombre supo con certeza cuándo murió, ni dónde. Pedro Damiano recoge una historia según la cual Benedicto había sido visto después de muerto bajo la forma de un monstruo, mitad oso, mitad asno, condenado a vagar por la superficie de la Tierra hasta el día del Juicio Final. Otro rumor, más caritativo, pretendía que, arrepentido, había ingresado en un monasterio, donde murió como un humilde cristiano.

La muerte de Benedicto acabó definitivamente con el dominio que la casa de Teofilato había ejercido sobre el Papado durante casi siglo y medio. Su hermano, el conde reinante de Tusculum, hizo un último esfuerzo por colocar a otro tusculano en el trono, y llegó a conseguirlo, pero sólo durante unos meses. Los tiempos habían cambiado —radicalmente—, y alemanes e italianos se unieron bajo el monje Hildebrando para aplastar aquel último e impúdico intento. La bizarra carrera de Benedicto, paradójicamente, había trabajado en favor del Papado: la corrupción extrema había provocado una reacción extrema, creando una atmósfera en la que el poder del emperador del Sacro Imperio podía centrarse en la reforma, en lugar de gastarlo en estériles luchas con los romanos. El Papado, bajo la protección de la espada imperial, se remodeló y reformó sus partes dañadas. Se privó a los romanos del derecho de elección y se invistió con él al naciente Colegio Cardenalicio, con lo que se creó un cerrado círculo de poder.

Y cuando, al fin, el Papado se irguió sobre sus propios pies, vio que el poder que le había protegido mientras forcejeaba por salir de su crisálida era su único rival en Europa. Se dispuso a destruir a ese rival, y lo consiguió. En el año 1077, en Canosa, el monje Hildebrando, ya papa Gregorio VII, colocó al emperador literalmente

a sus plantas, y aunque Gregorio pagó personalmente muy cara aquella humillación, sus sucesores se beneficiaron de ella. A finales del siglo XII, el emperador no era más que una sombra, y el papa avanzaba con paso firme reclamando el dominio de todo el mundo.